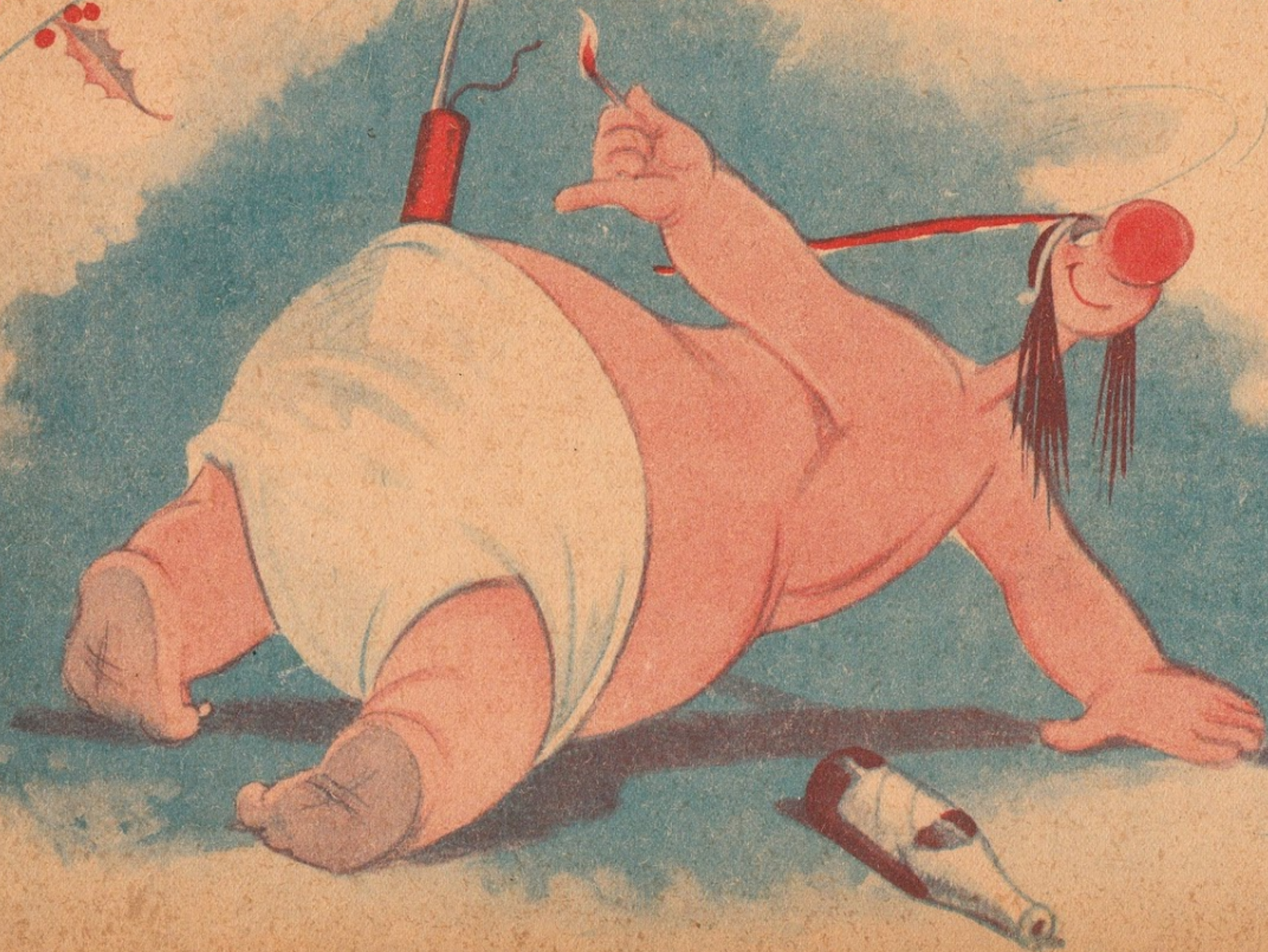




Patoruzú

Buenos Aires, Diciembre 26 de 1938 • Año III N.º 67



20 cts.
EN TODO
EL PAIS

DAVE
QUINTERO

¡Y QUEDAN MUY POCOS EJEMPLARES DE!

El Libro de Oro Patoruzú 1939!

**¡Un Exito Editorial
EXTRAORDINARIO!**

**¡IRIASE USTED TAMBIEN
Y COMPRELO ANTES QUE
SEA DEMASIADO TARDE,
PUES SE ESTA AGOTANDO!**

**NO DEJE QUE FALTE ESTE MAGNIFICO
LIBRO EN SU BIBLIOTECA
¡SE LO AGRADECERAN SUS NIETOS!**

Selices Siestas



150

historietas de
Dante Quintero

**PATORUZU
DON FIERRO
y ¡EL NENE!**

100

cuentos y notas de las más
cotizadas firmas del humo-
rismo nacional.

**¡UN VERDADERO PRESENTE PARA
LAS FIESTAS DE FIN DE AÑO!**

Editada por el SINDICATO DANTE QUINTERNO
Dirección y Administración: Avda. de Mayo 1410.
Dir. Tel. Patoruzú Baires. U. T. 38, Mayo 4636.
Reg. Nac. de la Propiedad Intelectual N°. 39731.

PATORUZÚ

REVISTA SEMANAL HUMORISTICA PARA TODOS LOS HOGARES

Aparece todos los lunes. Suscripción anual \$ 10.-
semestral \$ 5.- Número atrasado, \$ 0.40. Distribu-
ción directa por el Sindicato Dante Quinterno.
Correo Argentino. Tarifa reducida. Concesión 3794.

AÑO II - N° 67

Buenos Aires, diciembre 26 de 1938

20 ctvs. en todo el país.

¡Felices fiestas!

¡Y muy guenas! Y repletas 'e dicha! Y yenas 'e taponazos!
¡Que la alegría diga "prisente" en cada rancho 'e la Repú-
blica, po! ¡Y en ninguna mesa falte pan dulce y una
boteya e' sidra, que es la Navidad de tuitos!

Y démosle a la matraca 'e la risa tantas güeltas, que cai-
gamos rendidos después 'e la medianoche o en cuantito la
alborada nos traiga de lejos el canto de un
gayo.

¡Pues nada es más lindazo, chei, que yegar e'
guelta a casa con el arbolito, y colmarlo e' luces y
juguetes, pa que briyen más juertes los ojos e' la
linda gurisada, que es ansina cuando son más fe-
lices!

¡Y qué senciyo resulta la cosa teniendo el co-
razón contento y la bocaza ancha pa reirnos con
tuita el alma! Porque la risa es la mejor confitura,
chei, aunque escaseen las de la mesa, ansina como
no hay más dicha que un "Nacimiento" en un rin-



concito 'e la casa pa adorar el güen niño y darle gracias al Tata
Grande de pasar otra Nochebuena.

Fiesta 'e la casa, fiesta linda en el corazón de cada
uno, en la que tuitos nos estamos apurando y atropen-
yando con el pensamiento e' yegar cuanto antes, diseando
e' yegar cuanto antes, diseando pasar la tranquerita 'el ho-
gar, que es el mejor tesoro e' la felicidad, chei.
Fiesta en que dentro de uno nos sentimos guri-
ses, porque es la fiesta chiquita del güen amor,
pa la que iremos tomados e' la mano, camino a
la Iglesia, a oír, como tuitos los años, la Misa 'el
Gayo.

Fiesta e' campanas, fiesta pa sentirnos güenos
y nyenaos e' dicha en cuantito haya un cariño
grandote esperándonos junto al fogón. Que es lo
que deseó pa tuitos, pa que sea más suave la si-
dra y más rico el pan dulce d'esta nueva Na-
vidad.



Sos cangrejos de Clarita

El dueño de la rotisería preguntó:
—¿Va a llevar algo más el señor?

Carlitos Oliva recorrió con la mirada los escaparates de la confitería, inspirándose. Allá, cerca de la máquina de los fiambres, observó en una bandeja unos medallones de pavita, entre unas verdes y alegres hojas de lechuga.

—Son medallones de pavita —se apresuró a decirle el dueño y agregó

—todavía —, a la señora le van a agradar. Es un bocado exquisito.

Carlitos esta vez lo observó al rotisero.

—¿Dijo que a mi señora? —preguntó—. ¿Y cómo sabe que soy casado y que le gustarán a mi señora?...

El dueño, un turinés robusto, comprensivo, ceremonioso, bajó la cabeza como hacen los grandes dueños de las grandes rotiserías y murmuró:

—¿Usted perdone, señor..., pero se le nota!

Un Cuento de Navidad

por BILLY KEROSENE

Esta vez Carlitos tuvo un gesto de sorpresa. Si hubiera visto un espejo cerca, con seguridad hubiera tratado de reflejarse en él.

—¿Se me nota? ¿Por qué se me nota? —insistió amoscado.

El turinés, en forma casi imperceptible, se atusó el bigote apinzelado, rectilíneo y volvió a cuadrarse.

—¿Perdonará el señor! Ha sido un atrevimiento de mi parte. Pero si me permite, todavía le diré que mi oficio me impone conocer a los clientes. Podría darle detalles de usted y de su gentil esposa. Si el señor no lo tomara a mal, le diría que su gentil esposa debe ser bellísima.

Carlitos se sintió desconcertado. Pero el turinés adoptaba tal gesto de rectitud, de honorabilidad, que no se atrevió ni a levantar el tono de su voz para replicarle energicamente.

—Usted dirá, señor, que yo hablo de más —siguió diciendo el dueño, aprovechando el paréntesis—; pero si me tolera, le diré que me alegro de que usted se lleve muy bien con su gentil esposa y que esta Navidad lo encuentre desbordante de dicha.

—¿Déme los medallones! —exclamó Carlitos para cortar de una vez, pero se quedó reflexionando.

Esta vez encontró un espejo y se miró. No tenía nada de extraordinario. Pero, tal como había dicho el dueño, se le notaba algo... algo de feliz, algo de dichoso que se le salía de todo el cuerpo.

Pensó irremediamente en Clarita. La vió hasta reflejarse en el espejo de la rotisería, donde también podía verse, como fondo, un hermoso lechoncito sobre un escaparate.

¡Dichoso él! ¡Sí lo era! Lo era por los cuatro costados. Hacía tan poco que había contraído

nupcias, cinco meses y medio, que a él le parecían cinco semanas, no, cinco días y medio, y era ¡tan feliz al lado de ella!

—¿Quieres tostadas, mi monadita, mimoso de su mujercita?

—Sí, mi bomboncito azucarado, mi camoatí..., ¡quiero tostadas!...

—¿Se sirve mi pichoncito más té, sin darle un osculito a su muñequita?

Carlitos sentía en el pabellón de su oreja rumorear la voz de su adorado bibelot, zalamereándolo. ¡Sí, era feliz!

Sus pensamientos se vieron cortados de pronto. Ahí cerca de él, a dos metros, vió al turinés que lo observaba con disimulada sonrisa.

—¿Va a llevar algo más el señor?

—Sí, hombre, sí. Ponga de todo... ¡Que no vaya a faltar nada!



—Descuide usted... Déjelo por mi cuenta, señor. 40 años de rotisero. ¡No carecerá absolutamente de nada en su fiesta!

Carlitos Oliva entró en su casita de Villa Elvira, jubiloso, deseoso de estrechar entre sus brazos a su mujercita. Y ésta se dirigía también hacia la puerta, para recibirlo alargando sus brazos.

—¡Mi bien!

—¡Mi tesoro!

Una hora más tarde, ambos, con esa complicidad amable de recién casados, preparaban la mesa, llena de abundantes viandas, colmada de vinos generosos, y pastas, y confituras, y turrone, y pan dulce, y garapiñadas.

En realidad, el turinés, con ese conocimiento que dan largos años de experiencia en la profesión, no había escatimado nada, absolutamente nada, para que esa mesa de Nochebuena resultara magnífica.

Cuando llegaron los padres del feliz matrimonio, un cuñado de Carlitos con su mujer y el tío infaltable en estas tenidas gastronómicas de celebración, quedaron en realidad maravillados. Todos se deshacían en elogios hacia la pareja y hacia la mesa. Se escanciaron vinos, los medallones de pavita desaparecieron, sólo quedaron restos de pollos, y Clarita, alegre como unas Pascuas, apareció precediendo a la mucama que traía una bandeja que abría un paréntesis entre la comida y los postres.

—¡Viva este dichoso matrimonio! —gritó el tío infaltable.

—¡Y por muchos años! —coreó el cuñado que masticaba a cuatro carrillos.

Pero Clarita se acercó a su marido en el momento que éste levantaba la copa y murmuró alelada:

—¡Carlitos!... ¡Por favor!, ¡vení!...

Este dió un salto en la silla y pidiendo disculpas siguió a su mujer.

—¿Qué? ¿Qué tenés, Clarita? Decime. ¡Habla pronto!...

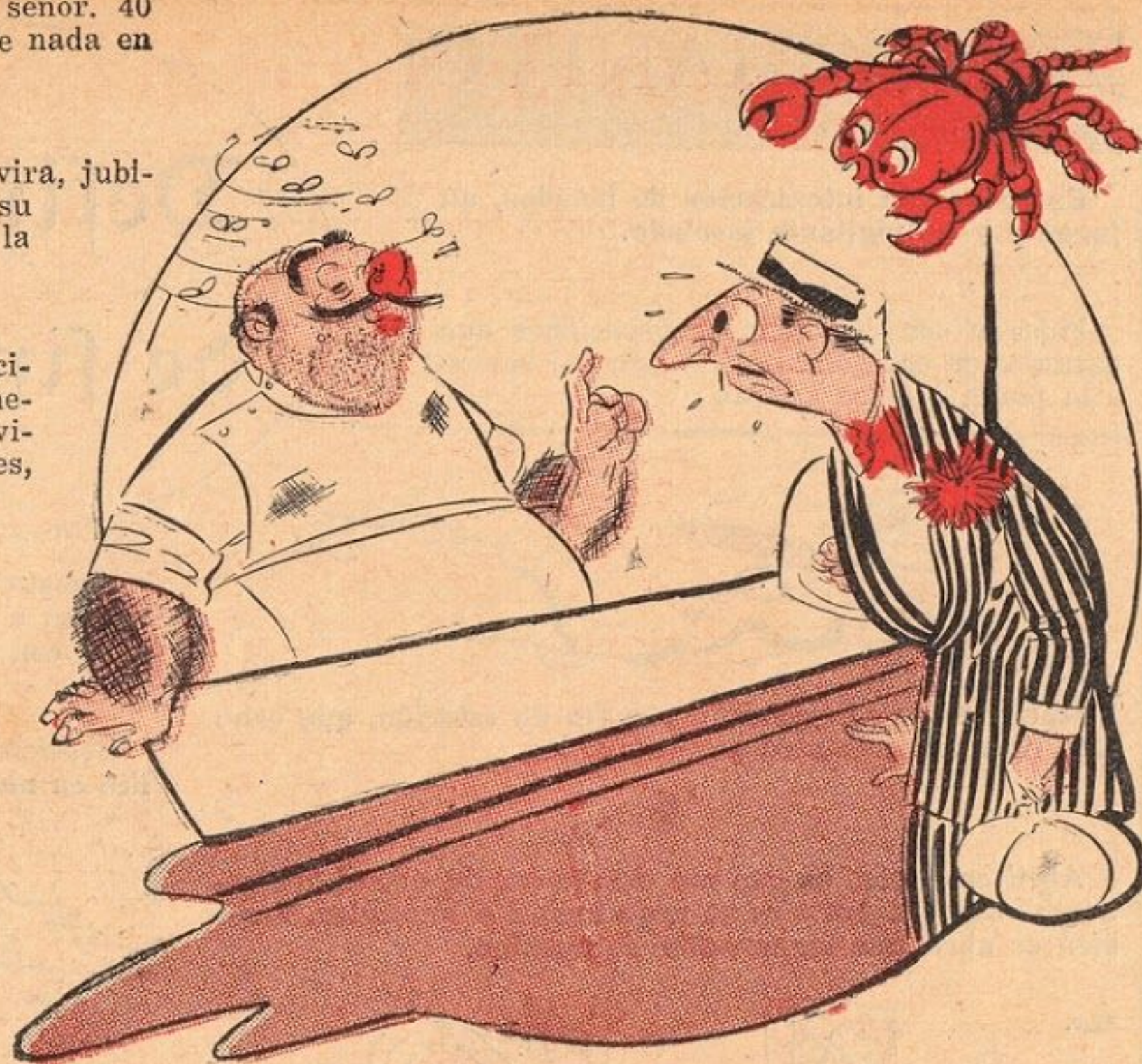
Ella torcía la punta de su vestido, ruborosa, tratando de juntar las palabras.

—Por favor... No me alarmes... ¿Qué tienes?

—¡Carlitos! —exclamó ella con un nudo en la garganta— ...Quiero, ¡quiero cangrejos!...

Como si un viento fuerte hubiera echado a volar en ese instante toda la alegría de Carlitos, su rostro se demudó por completo y temblándole los labios, repitió:

—¡Cangrejos, Clarita? ¿Cangrejos?



—¡Sí! —suspiró ella, ruborizándose hasta las yemas de los dedos.

El comprendió entonces. Nuevamente el viento trajo la alegría a su cara. Le brillaron los ojos. Su voz se enronqueció de felicidad. Algo fuerte lo impulsaba a saltar. ¡A saltar alto!

—¡Clarita!... Entonces... tú... yo... ¡No puede ser!... ¿Quieres cangrejos?... Mi bien, por favor ¡siéntate!... ¡No camines!... ¿Quieres cangrejos?... ¡Cangrejos!... ¡Cangreeejooooossss!...

Y así volvió a entrar en el comedor, corriendo, despeinado, los ojos saltándole de alegría.

—¡Clarita quiere cangrejos!... ¡Cangrejos!...

Los parientes en un principio creyeron en un conato de desequilibrio, y detuvieron sus tenedores en el aire, y dejaron los cuchillos de postre sobre la mesa. Pero un segundo después su gesto se trocó en una mueca.

La mamá de Clarita corrió a buscar a su hija:

—Clarita, ¡hija mía!, ¡hija de mi alma! ¿Quieres cangrejos?...

La pregunta fué casi ahogada con el portazo que dió Carlitos, al cerrar, saliendo a la calle, corriendo en busca de un taxi. Apareció uno por la esquina y Carlitos se trepó a él gritando:

—¡Pronto, chofer! ¡Cangrejos!... ¡Al centro!...

Sería difícil, si no imposible, describir la ausencia de un control de nervios en Carlitos dentro del taxi. Contar las veces que gritó "¡Apure!" y las tantas que sacó la cabeza por la ventanilla, buscando ávidamente con sus ojos un negocio en que pudiera sospechar existiera tal género de crustáceos. No contaba que ya había pasado la medianoche, y la mayoría de los comercios estaban cerrados. Recién cuando llegó al centro se iluminó.

—¡Pronto!... ¡Lléveme a la Rositería del Buen Orden!...

Descendió del auto una vez llegado y corrió como loco hacia el interior de la rotisería. Allí estaba el turinés, que le había servido horas antes, asombrado de verlo llegar.

—¿Señor? ¿El señor?

—¡Cangrejos!... ¡Cangrejos!... —gritó Carlitos.

El turinés retrocedió. Se puso pálido... Una bandeja que tenía en la mano cayó al suelo con estrépito.

—¡Can... gre... jos!... —tartamudeó.

Reaccionó de inmediato. Su gesto ceremonioso desapareció.

—¡Cangrejos! ¿Dijo cangrejos?

Carlitos abrió la boca, sorprendido. Sintió que el turinés iba a descomponerse. Le brotaban chispas.

—¡Usted no lo sabía! ¿No tiene vergüenza? Cuando vino aquí ¿no lo sabía? ¿Y ahora pide cangrejos?

—¿Qué? ¿No hay? —inquirió Carlitos que no sabía a qué atribuir la indignación del dueño.

—¿No hay? ¿Cómo no hay? ¡Ya es tarde! —gritó el turinés. Y casi a empujones lo llevó a las dependencias interiores de la rotisería. Allí, en la cocina, frente a una mesa, había sentada una mujer, una mujer rolliza, amplia, que desbordando sobre una banqueta estaba dando fin a un plato... ¡un plato de cangrejos!...

—¡Es mi mujer! —aclaró el turinés—. Esperamos al séptimo y ya ve... ¡nunca dejé que le faltaran!

Y sudoroso, angustiado, gritó todavía en el paroxismo de su indignación:

—¡Usted debía saberlo, imbécil primerizo!





De MARIANITO

Enero es una intoxicación de helados, un juguete y un vigilante insolado.

Febrero son diez días de vacaciones que pasamos en casa discutiendo sobre si vamos a la playa o a las sierras.



Marzo es una liquidación por fin de estación, que ocho días más tarde lo será por principios.

Abril es el mes en que nos damos cuenta que el "palm-beach" no dura tanto como nos aseguró el vendedor. También es abril una empanadita de bacalao.



Mayo es el regalo de una bufanda, un vuelo de polillas y un baúl con olor a naftalina.

Junio es un "affiche" contra la gripe.



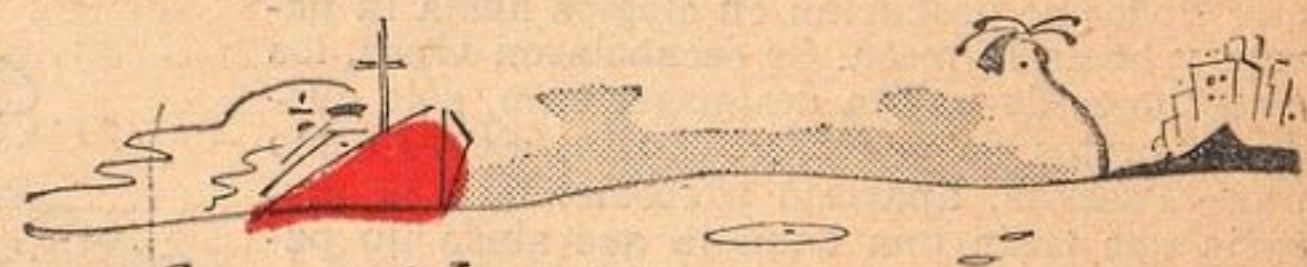
Julio es un desfile, un sabañón y un crucero al Brasil.

Definiciones de fin de Año



Agosto es el mes en que cualquier tormenta se la atribuimos a Santa Rosa, y un chiste obligado: "¡Tené cuidado con agosto!".

Septiembre es todo un funcionario plantando un arbolito en una plaza.



Octubre es una flor de durazno, una señorita con una alcancía y, el doce, la evidencia de la escasez de argentinos de pura cepa.

Noviembre es una aglomeración en Chacarita y el "agosto" de los floristas.



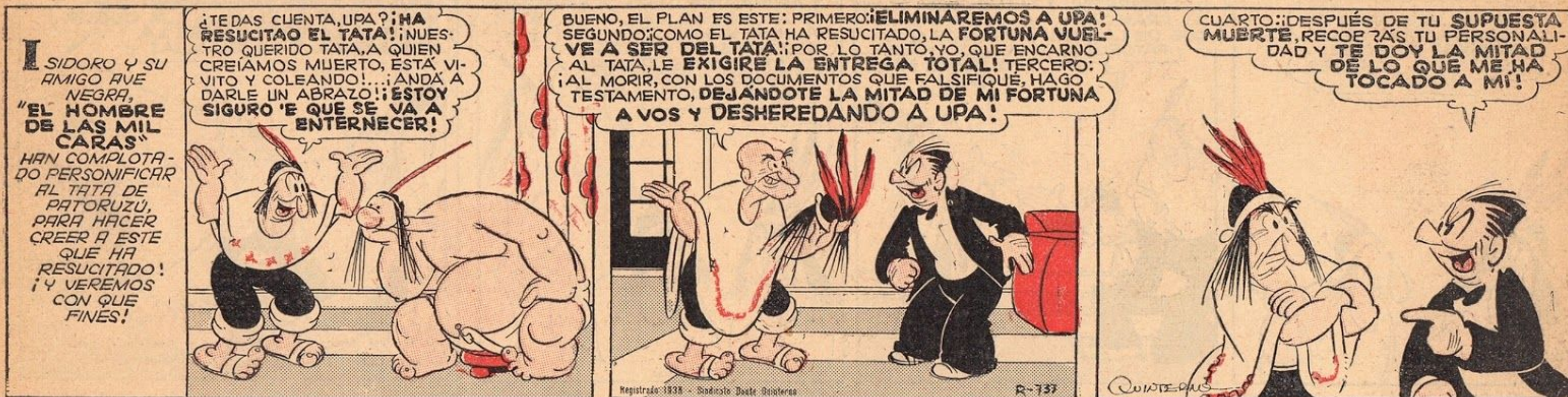
Diciembre es un pan dulce, una botella de sidra, un tren de excursión, un árbol de Navidad, un buscapié y un amigo "ocurrente" que el 31 nos despide diciéndonos: "¡Hasta el año que viene!".

El nene

Nuevas aventuras de Patoruzú

¡Hacen su plan de batalla, Isidoro y el canalla!

Felices Fiestas



Vuelve a hacer la transferencia, sin el impuesto a la herencia.



¡Mirad al vil y tunante, cómo humilla al tierno infante!

Felices Fiestas



¿No es eso una felonía, y abuso de jerarquía?

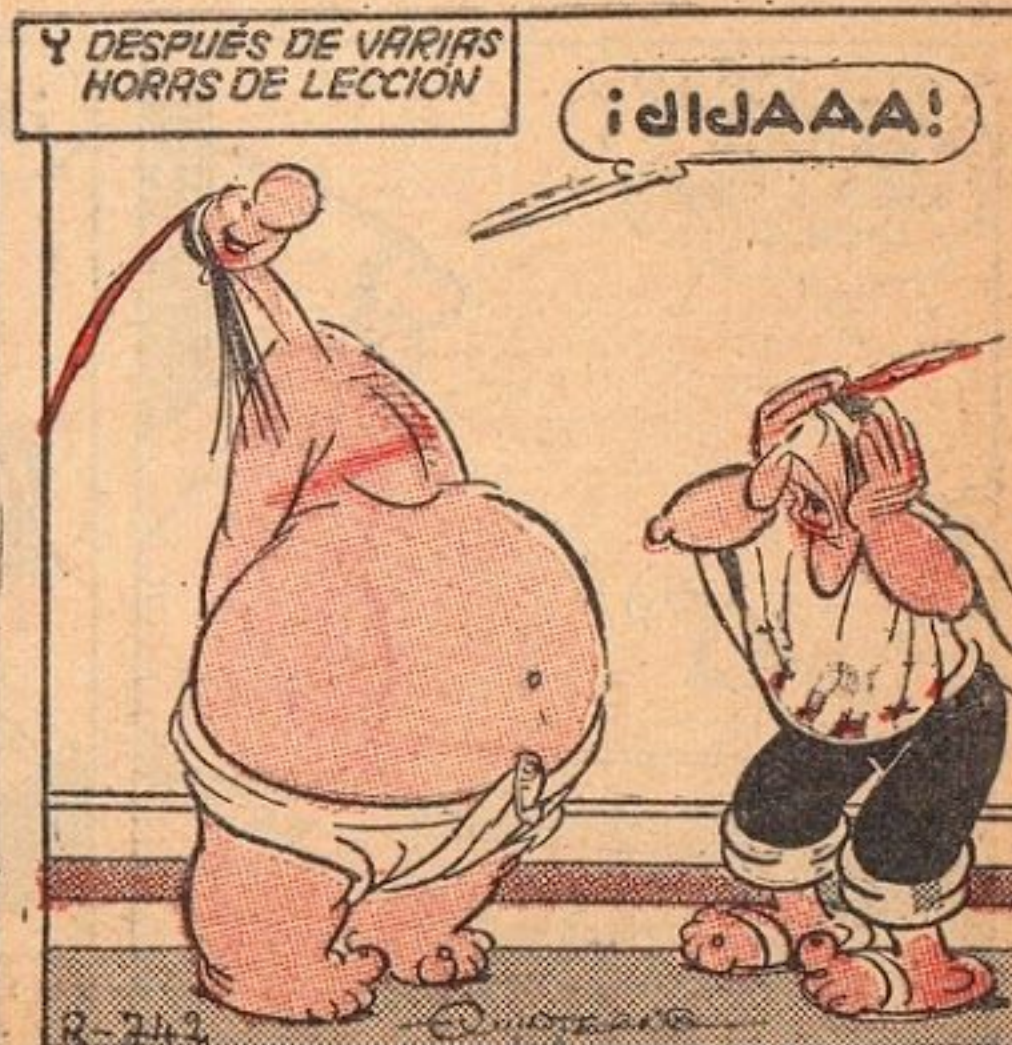


¡Las decisiones acata, aunque ve cambiado al tata!

Felices Fiestas

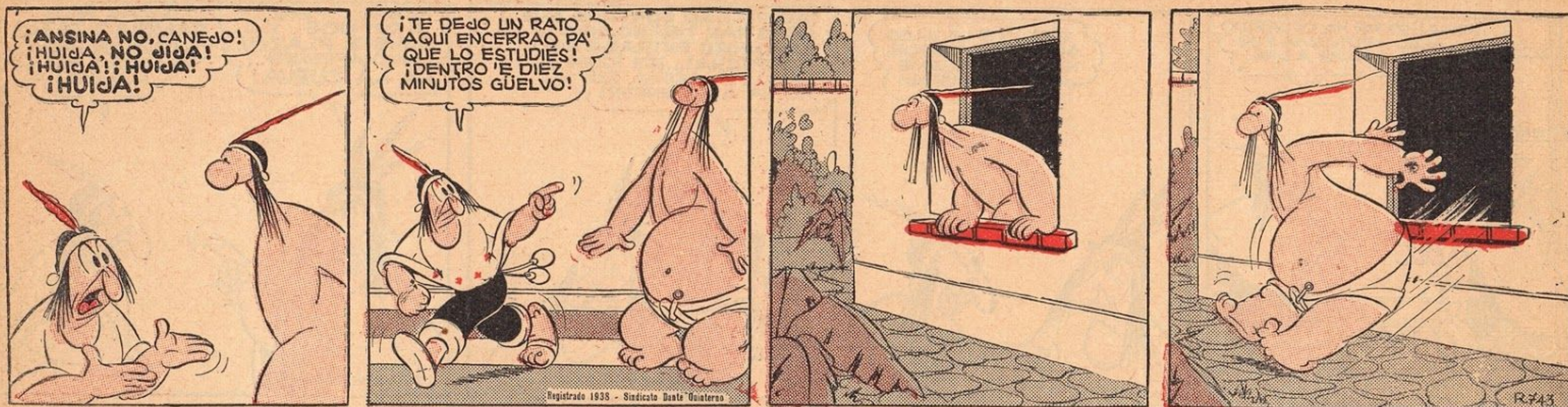


¡Le iría al gurí mejor, con un "buen entendedor"!



¡Upa! ¡Niño: no hagas eso, propio de niño travieso!

Felices Fiestas!



¡Cosas como esta del loro, se las inculcó Isidoro!

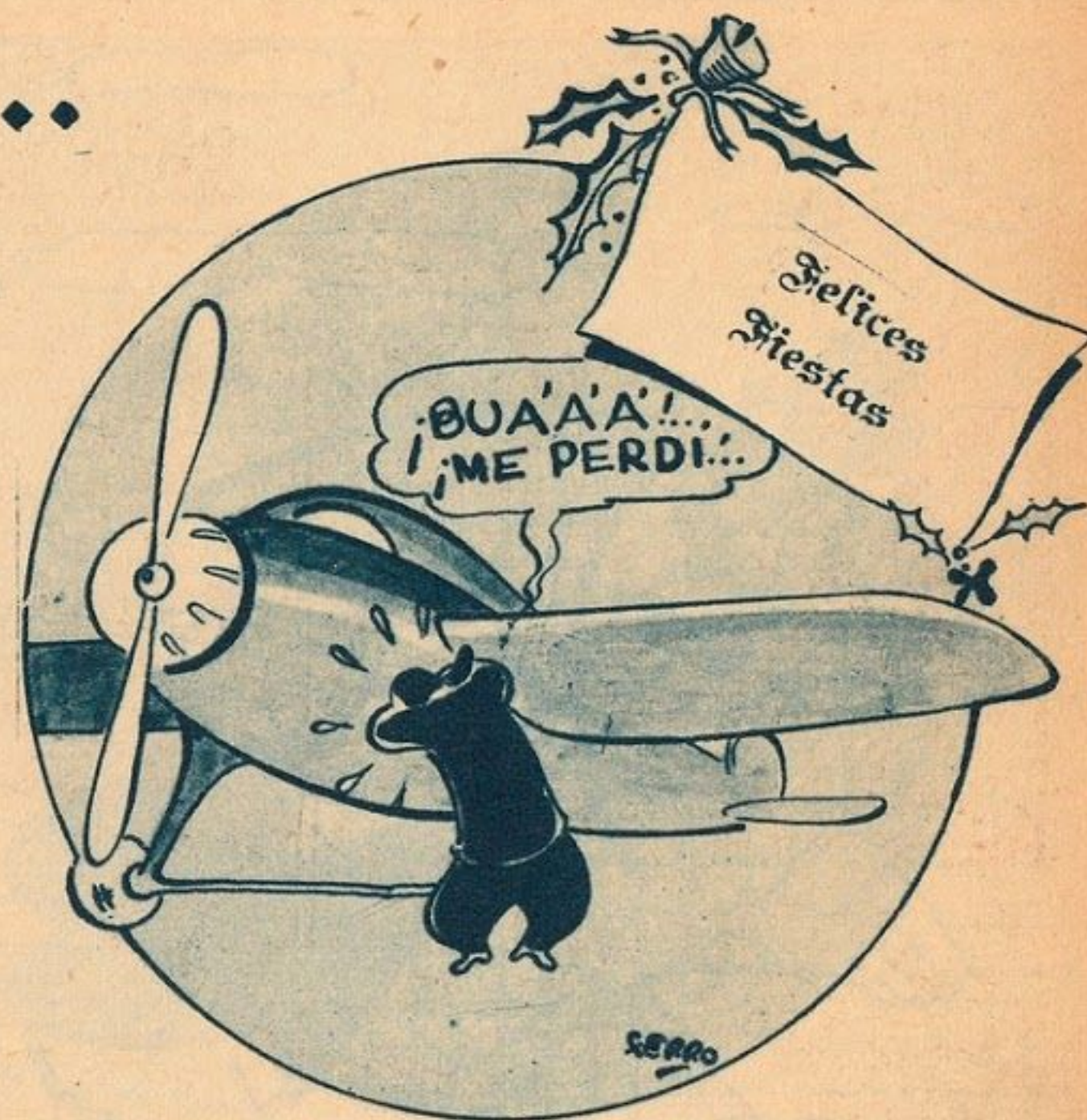


Hemos visto, chei, que...



... ¡Un tito con la temporada 'e las zambuyidas y los baños 'e sol a la oriya 'e l'agua empezó la serie 'e los ahogados y de los que tragarón tanta como si fuera cerveza, chei. Lo curioso d'esto ¡es que no es por desidia ni falta 'e previsión 'e las autoridades, qu'en este punto se portan como es de ley, canejo!, sin amarretiar señales 'e peligro ni puestos 'e auxilio, sino por culpa 'el mismo pueblerío, que se zampa al río. ¡Es cuistión 'e que la gente se convenza de una vez por tuitas, 'e que tiene pulmones y no agayas. Do!

... ¡Viendo que muchos de los qu'el día del Reservista, por su condición 'e antiguos milicos, se prisentaron a desfilan, aprovechan el birrete militar que se les dió pa ese fin, utilizándolo pa protegerse 'el sol cuando salen a bolar cachirlas, las autoridades del Centro 'e Instrucción di Oficiales 'e la Reserva han pedido la detención 'e tuitos los que hagan uso indebido d'ese birrete. ¡Bien hecho, canejo!... Ansina van a tener que apretarse el gorro los que quisieron salvarse las chirolas 'e un "gaticlaves".



... ¡En materia de aviación, estamos bien en pañales, entuavía. Aunque pretendamos engañarnos nosotros mismos, la realidá s'encarga 'e dicirnos cuánto nos falta por aprender. La última demostración nos la dió la Federación Aeronáutica Civil, organizando una carrera, en la que tomaron parte diez pilotos con aparatos a cual más viejo, y en la que s'extraviaron tres en el vuelo 'e Mendoza a Güenos Aires, qu'es como perderse en el camino 'el boliche. ¡Y eso que había 35.000 patacones 'e premio!... Si eso no es gastar pólvora en chimangos.



—Mi mujer estudia el canto, mi hija declamación...
—¿Y tú?
—Yo sufro en silencio.

CON tres meses de anterioridad García había invitado a los muchachos de "Cuentas corrientes" a pasar la Navidad en su chalet de Florida.

La invitación surgió espontánea y vivaz aquel fin de mes, en que luego del "cope-tín" mensual acostumbrado, García vió al pasar por el mercado un pichoncito de pavo. Su vista, iluminada por "tres vueltas con fernet", imaginó al animalito pelado, robusto y condimentado convenientemente, con su hojita de lechuga al tope y la bandeja de lecho.

Lo compró baratísimo, después de largo regateo. Impuso su sagacidad, sacándolo por 1.95, en lugar del par de nacionales propuesto por el puestero.

—Muchachos, están invitados a pasar la Navidad en casa y a comer pavo.

Y enarbolaba al pobre animalito con las patitas atadas.

Desde entonces, el pavo pasó a ser tema central en las conversaciones diarias de los ocho empleados que componían la sección.

El pobrecito pavo

Por MARIO MARMOL
ILUSTRO MAZZONE



Ni Boca, ni River, ni Ginger Rogers, ni Sorteado podían eclipsar la popularidad del bípedo, dentro de aquella comunidad.

—Che, García, ¿cómo amaneció el pavo hoy?

—Che, García, ¿cuánto pesa ahora?

—Che, ¿le diste el pan con leche?

El "pelado" Rossi le traía todos los días nueces de Chile, ya que es bien sabido lo buenas que son para redondear los ángulos anatómicos del buen pavo.

En cambio, Luro opinaba que no hay como el pan y leche para robustecerlos, y solía traer su buen litro envasado.

Un día García vino afligidísimo.

—Muchachos, tengo que decirles algo terrible. ¡Se me enfermó!

—¿El pavo? — preguntaron todos

muy alarmados.

—Sí, el pavo. Ayer mi señora hizo budín. No podíamos dejarlo sin postre al pobrecito. Esta mañana me lo encuentro tiradito y con los ojos entornados. ¡No quiso comer absolutamente nada por más que le insistí!

La consternación hizo presa en todos. ¡Pobre pavo!

Los días que siguieron a su convalecencia fueron una sucesión continua de inquietudes.

—¿Cómo sigue el pavo, che García?

—¿Cómo se levantó hoy?

Por fin pasó el chubasco. Un amigo "que sabía de eso", preparó con aceite y vino el remedio infalible. ¡Santo remedio!

El pobre pavo comenzó de nuevo a alimentarse como en sus mejores épocas, y en pocos días no más recuperó la línea perdida.

La vida es un soplo y tres meses un suspiro. Y la Navidad llegó en un galope corto hasta García y los suyos.

La víspera, nuestro hombre los había aleccionado a todos convenientemente. Se decidió, de común acuerdo, de que vendría la señora de Luro a preparar el pavo. Era una "fiera" para la olla. Una maestra en el arte de la buena cocina.

—Se bajan en la estación. Tres cuadras a la derecha, doblan a la izquierda y ahí no más a la mitad de cuadra...

Así era. Firmes e inexorables, llegaron los siete amigos de García y la señora de Luro al chalet de aquél.

Saludos, sonrisas. Pero se adivinaba que la impaciencia de los visitantes aún no se había contenido.

Cuando fueron llevados al gallinero donde imperaba aquel hijo pródigo de todos, un grito de júbilo pugnó por salir de aquellos pechos al ver aparecer sobre sus dos patas al animal. "¡Qué líneas!" "¡Qué porte!" "¡Qué distinción!" "¡Qué categoría!"

—¡Y es todavía pichón! —clamaba García, empapado de orgullo y alegría.

Se pasaron media hora comentando y contemplando aquel hermoso ejemplar.

Por fin, la señora de Luro pidióle a la de García un cuchillo, para cumplir con los requisitos indispensables que el arte culinario exigía. "Un cuchillo."

La mirada de todos fué el verdadero "cuchillo" que la buena señora sintió sobre sí, ignorante del sacrilego pecado que pensaba cometer.

Sin embargo, era necesario. ¿Por qué, si no, tantos desvelos, tantos alimentos y tantas esperanzas? Ahora...

—Un cuchillo, señora, por favor —volvió a insistir la de Luro, perpleja ante esas miradas.

La esposa de García decidióse por fin y trajo el "cuchillo", que depositó en las manos de la cocinera. El pobre animalito los miraba ingenuamente, sin saber lo que se tramaba.

Doña Flora Luro ya iba a descargar el golpe mortal, cuando un grito unísono frenó la mano "pavida." Aquel año no se comió pavo en lo de García.



DOS PAJAROS DE UN TIRO





La radio en broma

ENTRE ELLA Y EL

—¡Qué rara te noto hoy, querida!
—¿Tan mal te parezco?
—Pero, mi hijita... Vea cómo tiene las cejas..., y cómo se ha pintado las mejillas..., y ese rulito que se ha hecho en la cabeza... ¡Se ha vuelto loca, mi muñeca!
Hizo ella un mohín y exclamó:
—¡Malo!... Y yo que para halagarte hago todo lo que dicen en las clases de belleza femenina de Radio Rivadavia.

MAESTRO... DE PRIMERAS LETRAS

Roberto Nieves Blanco acompaña al piano a un núcleo de entusiastas cancionistas de Radio Callao, que, según el "speaker", están "ávidas de esperanzas y de aplausos". De ellas nada diremos. Después de todo, hacen bien en vivir una ilusión. A Nieves Blanco el "speaker" lo llama maestro. Y debe ser cierto, porque toca el piano como si les pegara a las teclas con el puntero.

ESTAN UN POCO DEBILUCHOS

*La voz del
speaker de Ra-
dio Mitre:*

—Escucharán
al conjunto or-
questal de Gui-
llermo Podestá,
en la interpreta-
ción del vals

"Desde el alma".

Apagados, tímidos, sin
fuerza, se oyen los sonos
del "conjunto orquestal".
¡Y tocaban desde el alma!



MALDICION GITANA

Que tengas un conflicto sentimental y
sigas los consejos de Carlos y Eugenia.

HAZLE CASO, PORTENA

Así cantaba Ángel Cabal por la
"Onda Marina" de Radio Callao:

"Porteña, dame tu boca y acalla-
rás mi querella"...

Tanto se quejaba Angelito, que se
formó una comisión de "estimados
oyentes" y fueron a ver a la porteña.

—¿Qué demandáis de mí? — pre-
guntó ella, en la forma tradicional de
todas las heroínas. Y la comisión con-
testó sin vacilar:

—Porteña..., es necesario que te
sacrifiques. Accede a su demanda...
Pero que se "acalle"... ¡Que se "aca-
lle"!.



Y SE CUMPLIO, NO MAS

"¡Que haga una visita a tu
casa la pandilla infantil de Ma-
rylin!", decía una de nuestras
últimas maldiciones gitanas. Y
ésta se cumplió, no más. Pero no
fué a "tu" casa la visita, sino a
la nuestra, donde cayeron una
tarde, y sin previo aviso, las bu-
lliciosas huestes de Marylin, re-
volucionando el ambiente con su
alegría. La "maldición" se había
cumplido. Pero convengamos en
que fué muy grata para nosotros
esa inesperada visita, que puso
de relieve el buen humor de la
pandilla.



GRAGEITAS

¿Por qué se lla-
mará "Conjunto
Clarinadas" ese que
actúa por L S 6?
¡Pero si apenas
es una flautita!...

Radio El Mundo ha hecho un
descubrimiento extraordinario.
Ahora resulta que también
hay "Música de medianoche."

L R 2 alumbra a sus oyentes
con una "Linterna criolla."
Por supuesto, que todos se
quedan a oscuras.

Al enterarse que tres viudos cortejaban a otras tantas jóvenes de la localidad de Seixas do Minho, Portugal, los solteros del lugar organizaron atonadoras manifestaciones frente a las casas de los galanteadores, debiendo intervenir la policía para restablecer el orden. Como es sabido, una antiquísima costumbre prohíbe en Seixas do Minho que los viudos contraigan nuevo matrimonio.

No estamos de acuerdo con la prohibición. Si un viudo, ya sea en Seixas do Mi-

en la cocina de su casa había un escape de gas, provocó una explosión al encender un fósforo, resultando gravemente herido. Sometida la víctima a una eficaz atención médica, se logró sacarla de peligro.

No hay nada que hacer. Siempre, por lo inútiles, conviene usar encendedores. Sin embargo, James ha tenido bastante suerte usando fósforos. Se salvó raspando...

Por desatender las indicaciones que se le hicieron en el sentido de no asomarse demasiado cuando los jugadores

arrojaban las bochas en un partido de dicho juego realizado en Montevideo, un espectador recibió un golpe en la cabeza, que, a más de provocarle las correspondientes

contusiones, lo privó largo rato del conocimiento.

Eso le pasa por cabeza dura. Si hubiera hecho caso a las recomendaciones, a estas

horas no tendría que lamentar la bocha...

Esta anécdota, bastante conocida, acaba de ser reeditada por un conocido médico peruano. Luego de examinar a un cliente, la esposa de éste se acercó temerosamente al profesional que nos ocupa, para preguntarle:

—¿Y, doctor? ¿Qué tal lo encuentra? ¿Es algo grave?

—Regular, regular. Su marido necesita mucho reposo; mucha tranquilidad. Será necesario aplicarle algunas inyecciones para calmarlo.

—¿Inyecciones? ¡Hum! ¿Y no habría otra manera de procurarle tranquilidad?

—Sí — explicó el galeno —. Pero no sé si usted se dejará aplicar las inyecciones...

¡Adelante con el Mundo!

ILUSTRO
BONETTO

En la India, cincuenta mil obreros de las usinas Bengala se declararon en huelga para protestar contra el decreto que, reduciendo la producción y disminuyendo las horas de labor, ocasionó el despido de millares de trabajadores.

¡Con la indignación que tienen, ni chispas que estarán echando los huelguistas de Bengala! ¿Lograrán la modificación del decreto? ¿Se hará la luz en esta enojosa cuestión? Es probable. Estimamos que ya otras veces debe haber sucedido lo mismo, porque en varias ocasiones hemos oído hablar de las luces de Bengala.

Un lamentable accidente se registró en una finca australiana. James Boyl, antiguo poblador de Sidney, sin notar que



Peinese con:
GOMINA
UNICO
FABRICANTE
BRANCATO



VIVISECCION DE LA MUSA

POR UNO CUALQUIERA

cia que nos une, puedes hacer de cuenta que estoy a tu lado".

En una palabra, sigo creyendo que la única distancia capaz de unirnos a alguien es la que habitualmente ponemos entre los cobradores y nuestras deudoras humanidades. Y esa distancia, queridos míos, siempre es poca. Lo demás son "Divagaciones" al margen del sentido común.

DESDE la ruleta marplatense hasta la democrática quiniela de Avellaneda, todo es juego en la provincia. Veraneantes hay que salen de Constitución para disfrutar de una quincena entre el aire y las aguas salobres, y regresan al día siguiente, después de haber empeñado hasta la malla y el gorro de goma; y no faltan redoblneros en las inmediaciones de los puentes Alsina y Almirante Brown, que atienden a su clientela con receptores radiotelefónicos, aparatos de televisión y máquinas calculadoras eléctricas.

No es mi propósito, desde esta inocente sección, combatir a una institución tan sana y productiva como es la del juego, pero quiero llamar la atención de las autoridades pertinentes acerca de un hecho perpetrado al margen de las buenas costumbres: ¡Hay gauchos que se juegan su mujer a la taba!

Con el debido respeto que me merece la Musa Inválida, me permitiré objetarle que la distancia siempre ha sido usada para separar, y que cuando una pareja de enamorados exclama: "¡Todos nos une, nada nos separa!", debemos suponer que ambos están muy cerquita, y no uno en el Salón Blanco de la Casa Rosada y el otro en el Salón Rosado de la Casa Blanca... Además, ya estoy viendo los líos que armarán las sisebutas cuando los apaleados trifones les escriban desde el Ex-

tremo Oriente: "Queridita: me encuentro en Tokio, pero, tras la distan-

MALA SUERTE

VALS CRIOLLO

Todo eso fué un soplo, pues quiso el destino
Que amara a una criolla más linda q'el sol,
Pero hubo otro gaucho del pago vecino
Que la idolatraba lo mismo que yo.
De más uno estaba, bien lo comprendimos.
Echamos la suerte para definir;
El alma en la taba con ansias pusimos.
Yo estuve en la mala del juego y perdí.

LETRA DE E. CARDENAS

Fácil es imaginar a qué catastróficos resultados nos llevaría el asunto de semejantes jugadas si éstas llegan a popularizarse. Ya me estoy viendo camino a una cancha de juego, acompañado de mi cónyuge, y ya siento el entusiasmo de las ofertas:

—¡Juego mi china contra la suya, aparcero!

—Salga de ahí, amigo... ¿No ve que pierdo plata?

—¡Qué va a perder, ahijuna! La suya es medio vichoca y la mía es joven.

—Sí, claro, pero la mía es muda, compañero...

¿Se imaginan ustedes el revuelo que se armaría cuando un paisano suertudo y demasiado hábil en el manejo de la taba se ganara quince o veinte mujeres en una reunión?

No, amigos, no... Que se permita el juego de taba me parece bien y mi parecer lo ratifican setecientos mil presidentes de comités provinciales, pero de ahí a que la taba se convierta en una especie de divorcio, no podemos tolerarlo. ¡Es lo único que nos faltaba!

Y no olviden ustedes cuán fácilmente las mujeres imitan las costumbres de los hombres y que muy pronto la suerte de nosotros, los indefensos varoncitos, dependería de la habilidad con que una rubia o morocha supiera arrojar el huesito..., ¡para volvernos a jugar a los ocho días!



DIVAGACION

Quando el rumor de tu palabra muera,
Tras la distancia excelsa que nos une,
¡Ha de morir también la Primavera
Que nos presta en Invierno su perfume!...

MARIO C. GOMEZ

The

Por
TITO
BLUE

End

(LOS ÚLTIMOS METROS
DE UN FILM EN SERIES)

DESDE una cabina telefónica, Spencer Lane, el sagaz reportero de "Tribune", marca en el disco automático el número del diario. Lo hace nerviosamente, con evidente urgencia, mientras mastica un chicle.

—¡Paren las máquinas!— grita a quien lo atiende desde la otra punta del hilo—. ¡Dentro de un minuto tendré la primicia más sensacional del siglo! Le estoy pisando los pasos a Mackenna, el secuestrador de la muchacha... ¡Crac!— corta y sale a la disparada. Corre hacia la esquina y se introduce por el callejón del "Gato Muerto" hasta detenerse frente a la taberna del tuerto Kelly, emplazada en un subsuelo. Allí, a través del tragaluz entreabierto, Spencer Lane observa lo que ocurre en el interior de la misma. El humo del tabaco y los vahos de alcohol forman una

cortina opaca que le dificulta la visión. Pero al fin parece descubrir lo que busca, porque pega un salto y se traga el chicle. En efecto, aquel de la cara cortada que está solo en una mesa y que ahora se levanta y se dirige hacia el interior de la taberna, ascendiendo luego por la escalera que conduce a los pisos altos, es Mackenna... ¡Mackenna!, el terrible gangster, tras el cual anda movilizadada toda la policía norteamericana. Spencer Lane hace su composición de lugar en un segundo. Se cala bien el chamberg y, resueltamente, trepa por la pared, agarrándose como puede, hasta lograr su intento. Son veinticinco pisos los que ha escalado con riesgo de su vida y en poco menos de dos minutos. Un record. Entra por una ventana, la cual da a un pasillo, al tiempo que percibe desde una de las habitaciones que convergen al mismo un ruido sordo como de lucha. Extrae el revólver y rompe la puerta sospechosa de un terrible empujón.

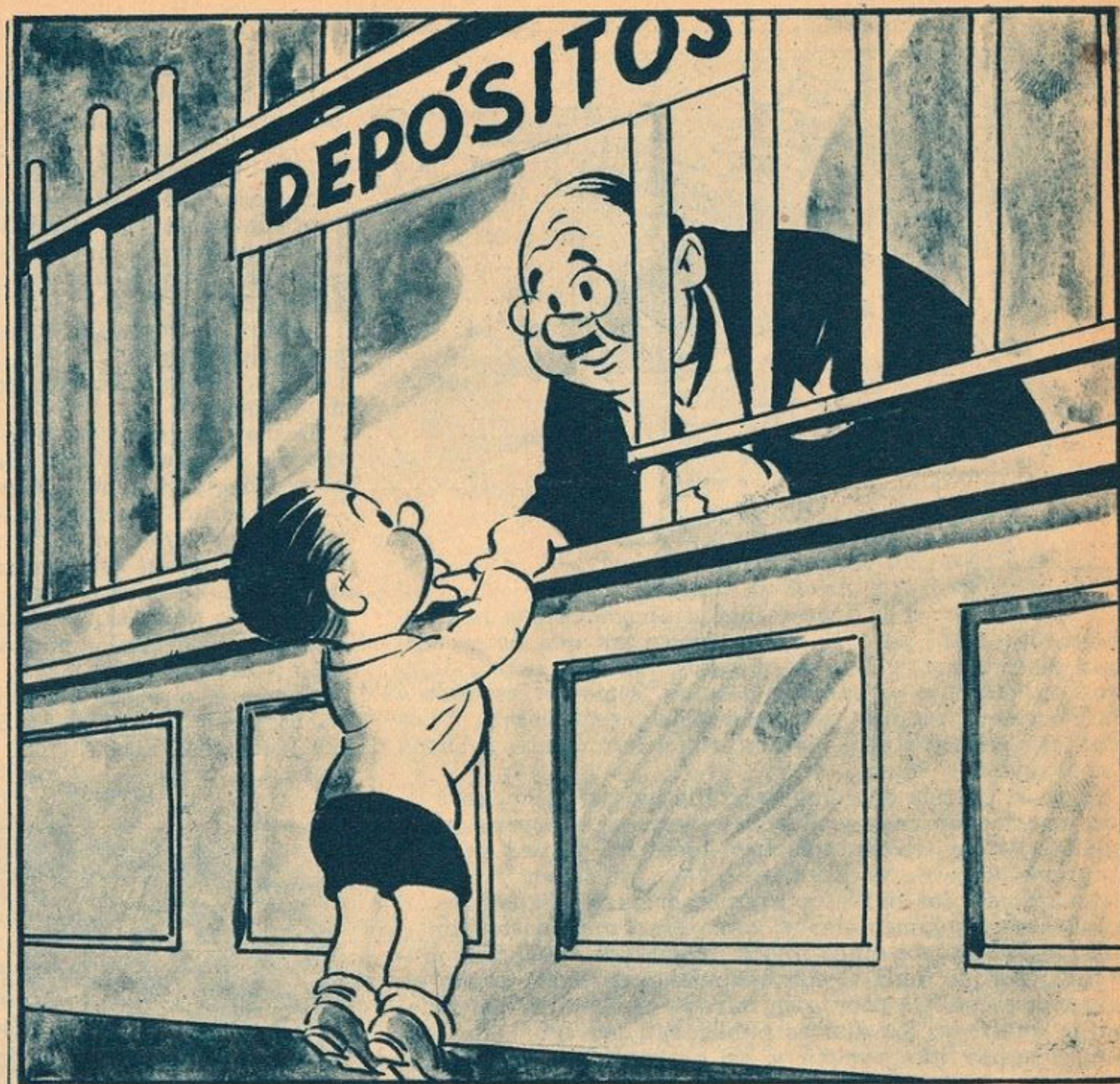
—¡Spencer!— grita una voz de mujer, cuando lo ve aparecer al valiente periodista. Es ella, Patsy Duggan, la rica heredera secuestrada, y a quien él ama desde los días de colegio. Pero no está sola, desgraciadamente. La cuidan dos facinerosos, quienes luchaban, hasta aparecer Spencer, por una trampa de naipes. Los bandidos se han quedado mudos con la sorpresa, y el periodista desprende de las ligaduras a la infeliz criatura.

—¡Ja, ja, ja!— ríe en eso, a sus espaldas, una voz aguardentosa. Es Mackenna, quien esgrime una ametralladora—. ¡Arriba las manos, Spencer Lane!—. Pero, por lo visto, éste no es hombre de transar así no más, y brincando sobre la pantalla de la luz deja la estancia a oscuras y empiezan a sonar los tiros.

—¡Huye, Spencer!— grita Patsy.

Obedece el reportero y corre por el pasillo seguido de cerca por Mackenna y sus secuaces. Mas no tiene por donde escapar. Es una encrucijada la que se le presenta. La muerte por las dos partes. Mackenna o el vacío, a veinticinco pisos del nivel del suelo. Y se arroja por éste, como si fuera a zambullirse... ¡Horror!

¿Se habrá estrellado contra el suelo Spencer Lane? ¿Y la muchacha? ¿Y la primicia que aguardaban con impaciencia en el diario? Todo esto, y mucho más, se verá en el próximo episodio. "El perro rabón" o "La mano que se crispa".



EL PIBE: Dígame, señor: quiero saber si es cierto que mi papá no tiene plata para comprarme una bicicleta FIPAT que vende

FIGORE, PANIZA & TORRÁ (S.A.)

(CREDITOS SOLA FIRMA)

VIAMONTE 1581

U. T. 41 - 1091



—¿Usted es un turiferario...
—¡Y usted un pillete!

Las frases fueron ahogadas por la campana de orden, pero no tanto como para que no se oyeran distintamente. Los taquígrafos, lápiz en mano, dejaron en suspenso su tarea y después, como corresponde a las buenas prácticas parlamentarias, escribieron: "Los dos señores diputados hablan simultáneamente y suena la campana".

A él le pareció que algo fuerte le habían dicho, pero no hizo mayor caso y el debate terminó sin pena ni gloria. Al día siguiente compró todos los diarios para ver qué parte de su discurso habían publicado. Unos transcribían dos párrafos apenas, otros reseñaban los conceptos fundamentales y, como eran muy pocos, no ocupaban siquiera cinco líneas. Sintió una decepción profunda, porque tenía el convencimiento de haber hecho un gran discurso. De pronto su mirada se clavó en un diálogo que todos los diarios publicaban por igual. Se produjo cuando interrumpió a su oponente y la presidencia puso en juego todas las campanas del recinto.

—¡Ya me parecía que algo me había dicho!

Allí estaba la frase terminante, que no dejaba lugar a dudas.

—“¡Y usted es un pillete!”

Con un gesto instintivo dobló los diarios como para que nadie fuera a enterarse. Después, malhumorado y receloso, se encaminó a la confitería donde acostumbraba a tomar su vermouth cotidiano. Le parecía que en la calle la gente se volvía a mirarlo y hasta creyó escuchar que alguien comentaba el incidente.

—...y entonces le dijo: usted es un pillete...

Sintió que el rubor le encendía las mejillas y acortó el paso para oír mejor.

—...también, no es para menos... ¡Naranjas a un peso y todavía picadas!

Se referían, sin duda, a una incidencia doméstica. Suspiró con alivio y apresuró la marcha. Al entrar a la confitería le pareció advertir cierta sorna en el saludo del mozo que siempre lo servía y que lo recibió con su acostumbrado:

—Muy buenos días, señor diputado... En seguida le traigo los diarios.

—No, gracias — respondió secamente —, el vermouth nada más.

Desde otra mesa le hicieron un saludo. Era un contertulio al que no veía desde tiempo atrás y que se acercó hacia él, tendiéndole la mano.

—¡Pero, mi amigo!... ¿Cómo está usted?

—Le juro que yo no lo oí — contestó mecánicamente, bajo la obsesión del pensamiento que en ese instante le dominaba. Lo miró el otro, extrañado y, después de algunas frases triviales, se retiró.

—Este ha leído los diarios — pensó — y no se ha atrevido a decirme nada.

Comenzó a beber lentamente el vermouth, mientras en su cerebro bullían las ideas más dispares.



El honor está

—Le pediré explicaciones... Pero ¿y si no me las da?... Retire, seños diputado, ese término antiparlamentario... porque yo, señor presidente... pillete... tendré que batirme... pillete.

Al pensar en el duelo sintió un escalofrío. Se vió frente a frente a su adversario. En ese momento tenía en sus manos un escarbadien-te. Lo empuñó como si fuera un arma e intentó pinchar una aceituna. El fruto, esquivo, se deslizó por el platito y él sintió que el esca-



¿no es



—¡Ya verá usted la enorme labor que desarrollará el gobierno en 1939, amigo!...

—Es posible... ¡Ha descansado tan bien en 1938!...



¡Felices

—¡Uff!... ¡Otra vez el trajín del veraneo y los casinos!... Con lo bien que lo pasaba uno en estas extraordinarias...

salvado

por
el Negro
del Buffet

frío se hacía más intenso. ¡Si hubiera podido borrar de los diarios aquella frase que le obligaba a plantear una cuestión personal!



Se le ocurrió, de pronto, un recurso salvador y esperó, confiado, la próxima sesión de la Cámara.

—Señor presidente... Los diarios reproducen una frase que ponen en boca del señor diputado. En la versión taquígráfica no figura... Tampoco la han oído varios de mis colegas...

Deseo que la presidencia, con su elevada autoridad, diga si debo considerar que esa frase ha sido pronunciada o no en el recinto. Me bastaría escuchar la opinión de la presidencia para darme por satisfecho.

Más fácil hubiera sido que preguntara directamente al ofensor si la frase le pertenecía y le exigiera las explicaciones del caso. Pero por ser más directa la pregunta, la respuesta podía ser más peligrosa. Si el peligro se evitaba era mucho mejor.

—Pido la palabra... señor presidente, yo he dicho esa frase y me ratifico en todo lo dicho.

Sintió un zumbido en los oídos y la visión del duelo apareció otra vez ante sí. Tomó una carilla que, previamente, había puesto sobre su pupitre y comenzó a leer precipitadamente.

—Yo sabré llevar con entereza y dignidad este asunto al terreno que corresponde..., al terreno de las armas... adonde concurren los caballeros...

Con mayor intensidad aún sintió el escalofrío y recordó con qué poco éxito había intentado pinchar una aceituna. Sin embargo, tenía que batirse.

cierto?...



—Otro duelo entre legisladores...

—Sí... Este año se han tirado varios lances de honor los diputados...



—Y en estos días de sano regocijo, debemos perdonar a todos el mal que nos hayan hecho en el año.

—¿A los concejales también, abuelo?...



Designó padrinos y esperó, con ansiedad, las condiciones del lance.

—Será a pistola y a treinta pasos... ¿Qué tal tira usted?

—Y... tiro.

Largas, muy largas fueron las horas de aquella madrugada. Aclaraba ya cuando en compañía de sus padrinos subió a un automóvil para dirigirse hacia las afueras de la ciudad, como si el terreno del honor se encontrara siempre en los sitios más apartados y escondidos. La mañana se anunciaba despejada y calurosa.

—¿Está fresquito, eh?—dijo esforzando una sonrisa, al advertir que sus dientes entrechocaban.

Sin darse cuenta casi, se encontró colocado a treinta pasos de su adversario. Todos los preparativos del lance se habían sucedido como en una nebulosa, de la que le quedaba como única impresión el creciente escalofrío.

—Caballeros... A la orden... Una, dos, tres.

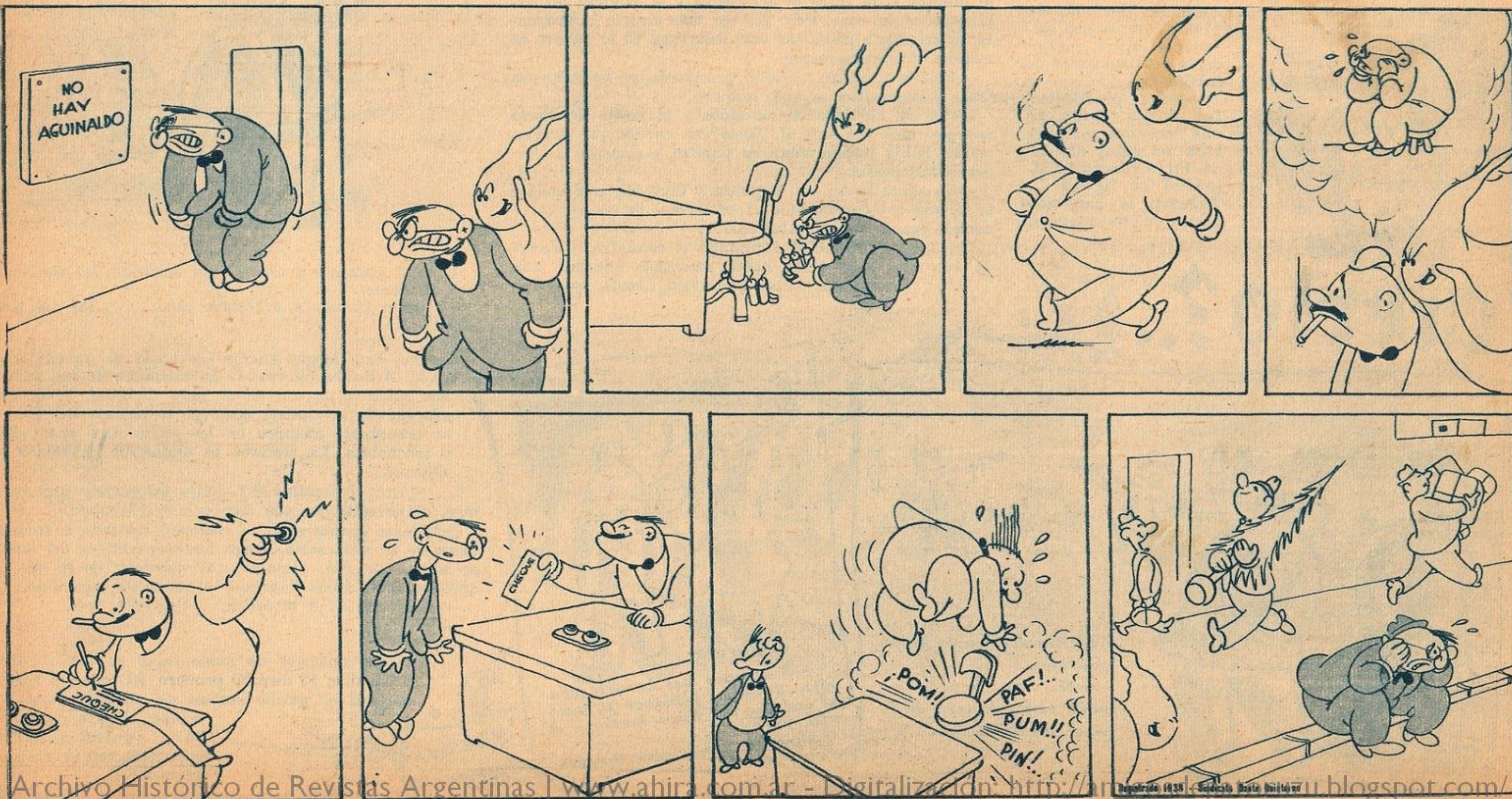
—¡Plip!

—¡Plip!

Una nubecita de humo salvó su honor comprometido. Él disparó primero. Al bajar el brazo oprimió el gatillo antes de tiempo y se le escapó el tiro, que sino... ¡quién sabe lo que pudo ocurrirle al adversario!

Fiestas

El fantasma Benito se divierte





La Familia de Pancho Argüello

(Un Argentino 100 x 100)

por el Coro de la Casa

VINO AÑEJO

¡Qué ruido de cacerolas! ¡Si necesitaban decirme a mí que en ese almuerzo de primero de año iban a tener visitas! Luego, que don Pancho lo llamó a Lorenzo y le dijo: —Vea, mi amigo. Ahórrese los fiambres por hoy. En todo caso, tráigase un vinito, un vinito añejo...

Ni qué decir que Lorenzo (que juraría iba a venir con el medio kilito de fiambres para justificar que aporta algo a la casa) recibió la conminación de don Pancho con su tartamudeo característico:

—Sí... Este... Claro. Claro, hombre, claro. ¡Añejo!...

Y se fue más colorado que vino tinto, después de repetir a todo el mundo para que se enterasen:

—Del vino no se preocupen, que lo traigo yo... ¡Yo traigo el vino!

Doña Josefa, cuando quiere (¡y quiere siempre!), es una cocinera estupenda. Les juro que a mí, que me repugna ese tufillo de ravioles y pollos al horno, me hizo entrar apetito sólo de aspirarlo. Y comí pan con leche hasta hartarme, ya que tuve la suerte de que cada uno que pasaba por mi palo quisiese cumplir conmigo trayéndome la papa rica. ¡Y qué rica estaba la papa!

Cuando me encontraba medio calcinado de estar en el patio con el sol que hacía, comenzaron a llegar los parientes. ¡Qué cotorreo! ¡Qué de saludos! ¡Parecería que habían pasado años sin verse! ¡Qué gente!

Y allá, a las cansadas, apareció Lorenzo. Lorenzo con cuatro botellas que se le venían cayendo, y traspirando a más no poder.

—¡Del 14!... ¡Del 14!... —exclamaba Lorenzo, como si le hu-

biera acertado un peso a ese número a la cabeza.

—¡Formidable! —dijo don Pancho, realmente entusiasmado, mientras la bobalicona de Ofelia, para realzar a su marido, le recogió las botellas, exclamando:

—¡Ya tenemos el hielo preparado! Ya está el vino... ¡Qué suerte!

Don Pancho parecía haberse despertado y le bailaban los ojos de alegría. Se había reconciliado con su yerno.

—¿Del 14, dijo? —Quiso convencerse.

—Sí. Una verdadera casualidad —murmuró Lorenzo—. Estuve toda la mañana detrás del vino y pasaba por lo de don Marciano... ¿Se acuerda de don Marciano, don Pancho?

—¡Cómo no me voy acordar, m'hijo! ¡Siga no más!...

—Lo saludé y le dije si no tenía algún vinito en la bodega... de esos... ¿Usted me entiende, don Pancho? ¡De esos!...

—¡Sí, m'hijo! ¡Lo entiendo!... ¡Siga!...

Por la familiaridad de Lorenzo con mi patroncito, parecían hermanos. ¡Las cosas que hay que ver en este mundo!

—...y entonces sacó estas cuatro botellas, las últimas que le quedaban... Así sucias, llenas de telaraña; del 14, don Pancho. Y me dijo: "Ha tenido suerte, son las últimas que me quedaban de esa cosecha"...

—¡Estupendo! —gritó mi patroncito, que no cabía en sí de gozo, y ordenó —: ¡Ofelia, andá a buscar más hielo!

Bueno. ¿Faltará que les diga la importancia que le dieron cuando todos, sentados a la mesa, se prepararon a abrir las botellas? Lorenzo parecía un héroe revolucionario del 6 de septiembre. Don Pancho se atusaba con una importancia los bigotes, que hasta lo desconocía. ¡Y se abrieron las botellas! Fue impresionante. ¡Hasta yo estaba emocionado!...

Pero... fue probarlo... nada más que probarlo... ¡Hubieran visto ustedes la cara de don Pancho!

—Es inexplicable —exclamó Lorenzo, y volvió a saborearlo...

Doña Josefa trató de salvar el vino y lo probó. No pudo contenerse:

—¡Vinagre!

Don Pancho clavó los ojos en Lorenzo:



—¡Un momento! ¿Usted dijo que este vino se lo dió don Marciano?... —¿Eh?... Sí... —tartamudeó el yerno—. Mejor dicho, él mismo, no... El muchacho... Don Marciano no estaba... Yo...

Don Pancho, pálido, dirigióse a Lorenzo. Se inclinó y, con voz de trueno (¡Ave María purísima!), le gritó:

—¡Esto no se hace! ¡Asesino! Y le juro que por la estúpida de mi hija, no por usted, ¿entiende?, no le hago tragar esas cuatro botellas del 14... ¿Me ha oído, m'hijo?

¡Era la primera vez que veía a don Pancho enojado de veras! También, a él, salirle malo el vino. ¡A él que tiene tan mala bebida!



ESTUDIE ^{una} PROFESION

Enseñamos por Correo:

● OTORGAMOS DIPLOMAS

RADIO
SASTRE
DIESEL
MODISTA
COMERCIO
CONTADURIA
DIBUJANTE
ORTOGRAFIA
ARITMETICA
CALIGRAFIA
PUBLICIDAD
VENDEDOR
TAQUIGRAFO
PROCURADOR
CONSTRUCTOR
ELECTRICISTA
TENEDURIA
AUTOS
CORRESPONDENCIA

Reconocemos lo pagado en otra escuela.

Fundadas el 2 de enero de 1915, son las Escuelas más importantes.

Devolveremos el dinero al alumno descontento, el primer mes.

REGALAMOS las lecciones, papeles, sobres, carnet y equipo.

ESCUELAS SUDAMERICANAS

689 - Avda. Montes de Oca - 695 - Buenos Aires.
(Palacio propiedad de estas escuelas).

Director: PATRICIO C. RYAN, Bachiller y Contador.

NOMBRE.....

DIRECCION.....

LOCALIDAD (15).....

Envíe este cupón y recibirá informes.

EN cada familia hay un gracioso. Y la familia de Titulesco también poseía un ejemplar de tan desparramada especie. No había reunión en treinta leguas a la redonda donde no apareciera, montado en su alevosa bicicleta, se metiera en el comedor, desparramara las viandas, se subiera a la mesa y cantara a voz en cuello la rumba "José el sudamericano", haciendo las maracas — ¡chiquichín, chiquichín, chiquichín! — con los arrancados caireles de la araña dentro de una botella. Y mientras los dueños de casa sonreían dolorosamente con la proce- sión por dentro, la cohorte de admiradores abribocas se despilfarraba de entusiasmo contemplando las diabluras del héroe.

Por eso, al llegar aquel 28 de diciembre, la familia Titulesco en pleno amaneció como un soldado raso en vísperas de la batalla. Ya lo había dicho don Cristóbal, el padre, la noche anterior:

— ¡Ojo con lo que se hace mañana!

— ¡Cuidado con lo que se come! — recomen- dó doña Viola — Acuérdense que el año pa-

sado le puso jabón amarillo al relleno de las empanadas.

— ¡Desconfíen del teléfono!...

— ¡Revisen las sillas antes de sentarse!...

— ¡No reciban ninguna encomienda sospechosa!...

La familia Titulesco estaba en un perfectísimo pie de batalla.

En la mañana del 28, como de costumbre, Lito se empi- nó el café con leche en la cocina, recogió el chambergo con plumita de la percha y, silbando la última rumba de Calabry, se marchó al empleo. Sus familiares husmearon por todos los rincones de la casa.

— Debe haber dejado alguna broma lista... — opinó el padri- no Florencio.

— Para mí que empieza con el teléfono... — dijo la tía Rosario.

— ¡Y si hubiera dejado una

cio o a un cartucho de dinamita — ¡Cuidado, viejo!...

En la sala se hizo un impresionante silencio.

— ¡Hola!... — dijo el dueño de casa con la voz seca — ¿Quién habla? ¿Quién? ¿El novio de la Totola?... ¡Ja, ja, ja!... ¡Te conozco, mascarita! Vos sos Lito. ¿Cómo?... ¿Que de veras sos el novio de la Totola? ¡Qué vas a ser ese infeliz!... ¡Con lo que le conozco la voz a ese papa- natas! Pero, m'hijo, si a tu padre no lo engaña ni el dia- blo, aunque...

Y el bromista cortó la comunicación desde la otra pun- ta del hilo, completamente derrotado. Un coro de carcaja- das saludó estrepitosamente el primer éxito.

— ¡Extraordinario, pa- pá!... — decía a los sal- titos la Totola, con los be- llísimos dientes al aire.

— ¡Muy bueno, muy bue-



Cinco santos inocentes

por Bruno Chantre

DICIEMBRE

bomba de reloj? — opinó la hermanita Totola, que leía a Sexton Blake y veía las películas de Humphrey Bogart.

Aquella inteligente declaración causó un efecto extraordinario. Todos se pu- sieron pálidos y doña Viola olió su sem- piterno manojito de ruda. Y de pronto, con la filosa agresividad de un estilete, la campanilla del teléfono comenzó a re- piquear ferozmente sobre su cajoncillo de pino.

— Trrrrriiiiiinnnn, trrrrrrriiiiiinnnn...

Un estremecimiento eléctrico recorrió las espigas dorsales de los circunstantes y los cinco Titulesco cambiáronse recípro- cas miradas de inteligencia e hicieron se- ñas misteriosas, como diciéndose: "¡Eh!... ¿No se los anunciaba yo?...". Entonces, don Cristóbal se levantó heroicamente, golpeándose el pecho con el puño prócer.

— ¡Cuidado! — chilló doña Viola, como si su marido se acercara a un precipi-

no!... — opi- naba a duras penas la tía Rosario, con las manos en las costillas, deshecha de júbilo — ¡Muy bueno, cuñado, pero muy bueno!...

Y cuando ya la inefable modestia de don Cristóbal Ti- tulesco comenzaba a ser dulcemente herida, resonaron vá- rios golpes enérgicos sobre la puerta de calle. Todos se miraron en silencio, pero, ya envalentonado por el éxito de su hermano, el padrino Florencio avanzó de puntillas, aferró el picaporte con mano trémula y entreabriendo una rendija, puso las narices en ella, mientras el resto de la familia se agazapaba detrás de los muebles.

En el umbral había un hombre vestido de negro, con un cilindro majestuoso en el cráneo y un pergamino arro- llado bajo el húmero. Con una reverencia geométrica, el fúnebre individuo pegó un sombrero estupendo y abrió la boca.

— Señor... — dijo — La sorpresa que vengo a ofrecer





hoy supera todo el optimismo posible.

Pero aun no había terminado la última palabra del espiche, cuando, a una señal de don Cristóbal, Jacinto, el bulldog más pesado del barrio, perseguía salvajemente al hombre por las calles de la metrópoli. Adentro, los cinco Titulescos se felicitaban mutuamente, llenos de alborozo y arrojando exclamaciones de júbilo.

—¡Seguro que era un amigo de Lito!... —decía don Cristóbal, y un coro de carcajadas subrayaba sus palabras.

Es necesario poseer un gracioso en la familia para interpretar el infinito gozo

que proporciona un doble triunfo de semejante calibre.

Llegó el mediodía de los Santos Inocentes y en los rostros del quinteto se asomaba una sardónica sonrisa de saludo para el chasqueado Lito, que no tardaría en regresar del empleo. Ni chasco se iba a llevar éste con las previsiones que habían tomado.

—Vean... —dijo Totola, entrando al comedor con dos papeles en la mano—. Acaba de llegar un mensajero y ha traído esto. Debe de ser otra broma.

—¡Bah!... —dijo don Cristóbal desdeñosamente, recogiendo los amarillos mensajes y mirándolos por arriba de los lentes— ¡Bah, bah, bah!...

Ya la seguridad del triunfador había alejado las timideces antiguas y don Cristóbal rompió los sellos, con un gesto de superioridad infinita. Y leyó. Leyó con una voz optimista, que se fué debilitando penosamente hasta terminar en un irregular y quejumbroso murmullo de fonógrafo descompuesto. Porque allí, en los mensajes y sobre firmas de autenticidad absoluta, se cristalizaban las noticias más rabiosas del mundo. "Señorita Totola Titulesco" —decía uno—. "Hasta ayer fué usted mi novia.

Hoy su padre me ha enterado por teléfono de su opinión hacia mí y ha dejado de serlo. Se ruega devolver el cintillo a la brevedad posible y sin hurtarle ninguna piedrita. (Firmado) Picuco W. Pérez.

"Señor Cristóbal Titulesco" —decía el otro—. "Hasta ayer fué usted empleado mío. Hoy quise darle una grata sorpresa enviándole su ascenso a subjefe con mi apoderado y el pobre ha llegado con un perro colgando y con el testimonio de la más arbitraria conducta. Puede pasar a cobrar los días que corren. (Firmado) Lamberto Bernardi.

Abrió Lito Titulesco.



co, gran bromista, la puerta de su casa, colgó el sombrero con plumita en la percha y al contemplar a sus cinco familiares hundidos sobre las butacas, con la boca abierta y el jopo revuelto, se detuvo en seco, se dió un golpecito en la frente y dijo:

—¡Caramba! ¡Ahora que los veo a ustedes, me acuer-

do que hoy es el día de los Inocentes!... Pero... ¿Por qué están así?... ¿Qué les pasa?...

—¡Ah, hijo mío!... —dijo solemnemente don Cristóbal—. Hemos recibido una lección inolvidable: nada hay tan bello como la confianza en el prójimo. ¡Desde hoy en adelante crearemos en todo, no desconfiaremos más!...

Y aquella misma noche del 28 de diciembre podía leerse en las sextas ediciones de los periódicos esta bárbara noticia:

"UNA FAMILIA CONFIADA"

"Siempre hemos aleccionado al público contra las bromas de Inocentes, pero aun quedan despreocupados •



ingenuos. La familia Titulesco ha sufrido una intoxicación terrible al comer unas empanadas cuyo relleno, por broma, había sido reemplazado con jabón amarillo. Lito Titulesco, hijo menor de la familia y autor del aleroso chiste, se halla a disposición de las autoridades pertinentes. Mañana, más detalles."

30 y 20 a Terevinto

ARTURITO BARRIOVIEJO

SRAN muchacho este Arturito Barrioviejo. El día que le pidió al padre de Carmencita la mano de ésta, le fué tan simpático al viejo, que el mismo le salió diciendo:

—¡Dejate de macanas, muchacho! ¡Qué te vas a casar! ¡Vení, vamos a tomar un aperitivo y olvidate de eso!...

Es que Arturito es entrador como pocos. Lo encuentra a uno

en la calle y entre un medio litro a las 8 y un café a las 4 de la mañana, hay un:

—¡Vos sabés, hermano! El viejo quiere que trabaje. ¿Y qué le voy hacer? ¡Tengo que trabajar! ¿Y sabés lo que significa eso? ¡Matate! Que los usureros te sigan el rastro como sabuesos...

—Entonces no trabajés...

—¿Y cómo hago para tirarle un sablazo al viejo? Vos sabés como es él. Se pasó "yugando" toda la vida y se cree que por eso uno tiene

que hacer lo mismo. ¿Y entonces? Vos trabajás. Sos burocrático. Trabajás. Te entrampás. Para que no te echen del empleo ¿qué tenés que hacer? Pedirle al viejo. El viejo no te da porque dice que tiene un pagaré. Entonces, ¿vos qué hacés? Tenés que pedirle a un amigo... Y vos, vos, Ricardo, ¿vos sos mi amigo!...

—¿Cuánto necesitás?...

—No vamos a discutir por eso... ¡Mozo, tres San Martín secos!...

—¿Para qué pedís tres, si somos dos solamente?

—El otro es para el muerto... El muerto que tenés que levantar esta noche... ¿Me permitís que me ría?...

Pero Arturito Barrioviejo, por lo que queda transcripto, no es un sinvergüenza. Teniendo un canario en el bolsillo es omnipotente. Una telefoneada. Si uno no

(UN MUCHACHO DERECHO)



por
**BILLY
KEROSENE**

Ayer me lo encontré en Palermo.

—¿A quién le jugás, che ...

—A "Terevinto"...

—¿A "Terevinto", dijiste? ¡No! ¿Quién te lo dió?

—¡Antúnez!...

—¡Qué bárbaro!... No tiene nada que hacer... ¡Es un burro! ¿Sabés quién gana?

—¿Quién?

—"Siete y medio"... Refijota. No puede perder. Me lo dió el dueño. Me llamó aparte y me dijo: "Arturito, "Siete y medio" es fija". Me regalás una corbata... Lunares... ¿eh?...

—Fenómeno... Mirá, te juro que le desconfiaba a "Terevinto"...

—¿Pero vos me dijiste que te lo dió Antúnez? Mirá, jugale... No te des vuelta...

Al rato: ¡Largaron!... "Terevinto" se viene al galope. Una luz. Fenómeno. Pero "Siete y medio" viene una cuadra adelante. Gana "Siete y medio" por ocho cuerpos. Corro a buscarlo a Arturito.

—Abrazame. ¡La pegaste! ¡Te felicito!

—¡No!

—¿No le jugaste? ¿Y a quién le jugaste?

—¡A "Terevinto"!... Pegame un cachetazo, ¿querés?... No me quisiste acompañar con "Siete y medio"... ¡y me cambié!

—Pero si yo le jugué a "Siete y medio"...

Arturito no dice nada. Está como si un piano le hubiera caído sobre la masa craneana.

—¿Qué pensás? ¿Te quedaste en la vía?...

—No. No es eso... Ricardo, prestame cinco...

—¡Diez, hombre!

—No. Cinco. Me jugué la quincena.

—Pero dejate de pavadas. ¿Qué vas a hacer con cinco pesos?

—¡Qué querés que haga, idiota! Mandarle la corbata al dueño... Lo que me da rabia, ¿sabés?, es una cosa...

—¿Qué?...

—Que para que ganase "Terevinto" le grité a "Siete y Medio" 16 veces: ¡Mancate! ¿Por qué no me avisaste, pedazo de estúpido, que te habías cambiado por ese matungo infame?...

se encuentra en el club, lo llama hasta en casa de la novia.

—Dejate de pavadas. Venite. ¿Sentís cómo canta? ¡Está afinado! Salimos. ¿Dónde? ¡Ni te acordés!...

Y Arturito Barrioviejo, apenas sospecha que hay algo en la cara de uno, ya se está ofreciendo:

—¿Hay que darle una galleta a alguien o necesitás 10 pesos?

Ahí está él. Gran muchacho. Derecho hasta decir basta...



Felices
Fiestas



Feliz noche buena
pa tuitos, chei!

Patoruzadas

La tabla de



EQUIDAD
—No vayas a creer, Romualdo, que me gasté todo tu aguinaldo en mí solamente. ¡Te compré una corbata de linda!



"AMIGUITAS"

—Mirá, Cata, qué hermoso anillo me compró Roberto con el aguinaldo!
—¿Y no protestó cuando le pagaron tan poco?



MUY DE ACUERDO

El jefe. — ¡Amigo!... Le doy estos diez pesos de aguinaldo, porque ha trabajado usted todo el año como una "bestia"!

salvación

Felices Fiestas



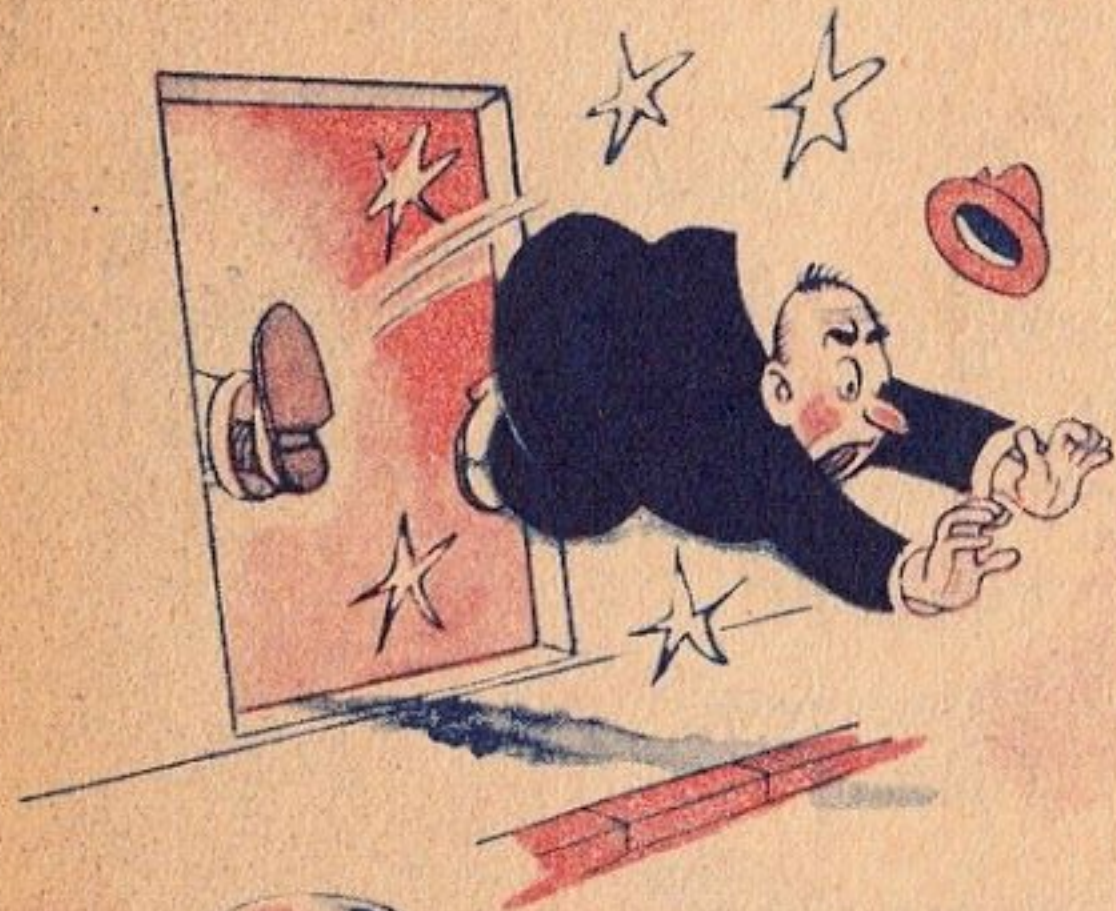
— ¡Cómo!
¿No me dan
aguinaldo?

"AJUAR EN
NAFTALINA"

Ella. — ¿Y?...
El. — No... queri-
da..., ¡este año "tam-
noco" nos casamos!

VERMOUTH

Felices Fiestas



Si el vermouth cotidiano, el vermouth que tomamos para estimular el apetito y nos lo quita, es una costumbre, el vermouth de fin de año es una institución nacional.

Es ese vermouth que toman los que nunca toman vermouth y que van a la confitería con los compañeros de oficina que no saben cómo matar esa hora de asueto que el 31 de diciembre las empresas magnánimas conceden a sus empleados. Y se toman tantos como parroquianos rodeen la mesa, que por ser la última que se forma en el año, trae aparejada la obligación de pagar "una vuelta" cada uno. Por eso no deja de hacerse sentir, y las frases de ritual "¡Vos sos mi amigo!" y "¡Yo soy tu hermano!..." están a la orden del día. Justito ahí es cuando comienzan las reacciones del espíritu, estimulado como está por los sorbitos ingeridos entre maníes milenarios y rodajitas de salame que sabe a charque. Y como no falta el compañero que fué despedido, por no estar de acuerdo con el aguinaldo, se le conceden la palabra y el desahogo.

—¡No te aflijás, hermano! —lo palmea un compañero.

—¡Claro, viejo, si te diste el gustazo!...

—¡Eso sí, muchachos!... ¡El gustazo me lo dí!... Ustedes estaban presentes, ¿verdad?... Los agarré al jefe y al subjefe. Los solapié y los puse como negros... ¡Ustedes son dos chanchos, les dije, y se quedaron calladitos!... ¡Bueno!... Menos mal... ¡Que si llegan a abrir la boca, allí arde Troya!... ¡Hay que ver cómo estaba yo!... Es claro, mucho no me aflijo, porque yo consigo empleo en seguida...

Y los compañeros, camaradas ante todo, lo dejan seguir hablando, desahogándose. Ellos, que en realidad estaban presentes, saben perfectamente que lo único que les dijo al jefe y al subjefe cuando se enteró de su exoneración, fué:

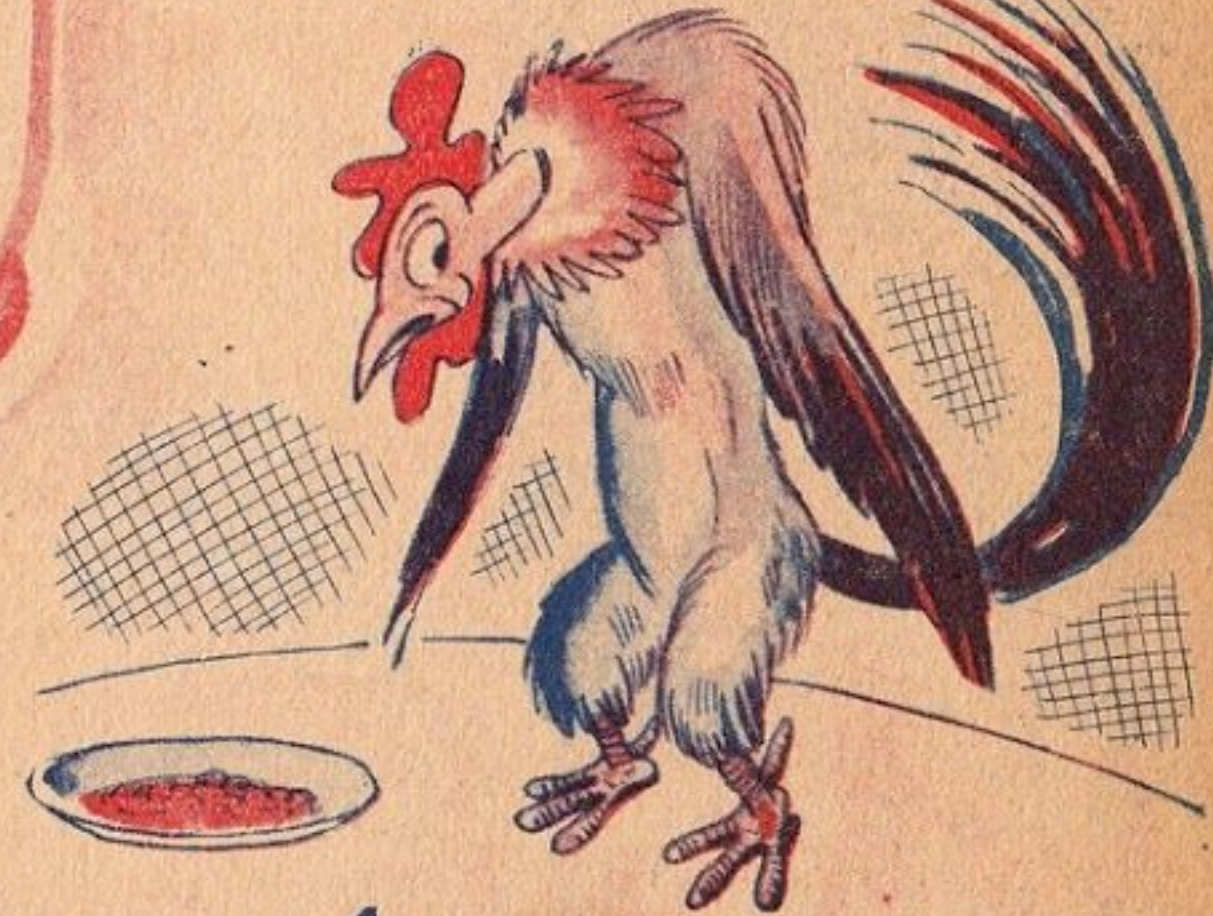
—¿Y ustedes no podrían hacer algo por mí, señores?...

Ellos lo saben perfectamente, como saben la problemática veracidad del "yo consigo empleo en seguida". Por ello es que en la adición cubren entre todos "la vuelta" que a él le correspondía. Por eso al levantarse la mesa y despedirse con el clásico "¡Buen fin y mejor principio!", uno de los amigos lo consuela abrazándolo:

—¿Qué le vas a hacer, Nato?... ¡Este año vas a tener que conformarte comiendo gallo en vez de pavita!...



Guratt
38



de fin de año

M

ozo criollazo es Muiño, capaz de montar un potro y sofrenarlo en la luna, y si ha entrado con el cine nacional, después de su gloriosa actuación en las tablas, es precisamente por esto, porque es nacional.

El mismo me lo dice en un descanso de la filmación de "El viejo doctor", mientras el director Soffici discute con los encargados de mandar los focos y dar a la escena que se prepara una buena iluminación.

Cuando toma la palabra frente a las cámaras, aunque éstas estén en receso, se siente diputado y no hay modo de echarle el freno. Deben saber ustedes que Muiño, a más de actor, es paisajista, y como no tiene tiempo para ser cuentista por escrito, lo es por oral. Hábilmente, antes de que se me descuelgue con una anécdota, lo traigo a la realidad del reportaje:

—¿Le agrada ser astro de la pantalla? —le pregunto.

—Usted querrá decir si me gusta hacer muecas delante de la maquinita —me dice, amoscado—. No me venga con yerbas siendo tan criollo como antes...

Felices

Dick Hero

Tenía que suceder en la Argentina

—¿Se inició usted en "Cadetes de San Martín", verdad?

—En el cine sonoro. Y casi sueño. Me pareció un papelito discreto y casi resulta un papelón. Ese personaje de dueño de un frigorífico porteño, que se pega un tiro porque el socio hace una defraudación, sólo se le ocurre a un argumentista de películas nacionales.

—¿El público no se impresionó con su actuación?

—Yo no sé si fué por lo del frigorífico, pero se quedó frío.

—Pero, después en "Viento Norte"

Fiestas

—Allí volteamos varios muñecos —

dice modestamente Muiño—. Después hice "El Cabo Rivero".

—La escena de su muerte era muy trágica...

—Mucho. Si me ve la Pawlova, me acusa de plagiarle la muerte del cisne.

—En fin —le digo, para consolarlo—, la poca experiencia de nuestros estudios... Una equivocación imprevisible...

—¡No! —me interrumpe Muiño—. ¡Si eso tenía que pasar con "El Cabo Rivero"! ¡Es la más pura lógica!

—¿Cómo así?

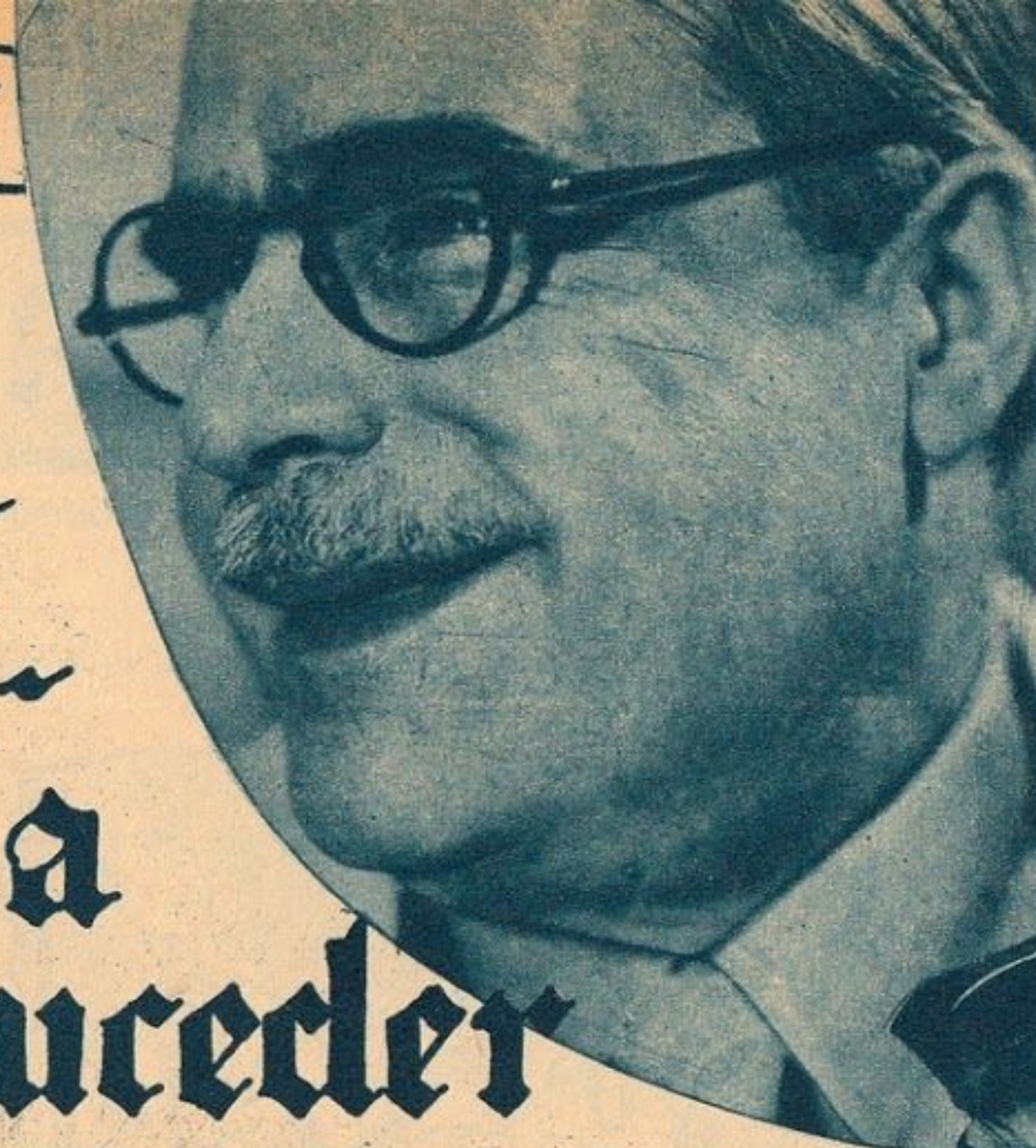
—Le voy a contar —me dijo, acomodándose en el asiento, como en la montura de un pingo, para hacer una larga carrera—. Todas las cosas tienen su origen.

Verá usted lo que le pasó a un tío mío, que estuvo en la guerra europea. Me contaba que en un ocasión, en pleno frente de batalla, varios oficiales tenían que pasar por un claro abierto en las trincheras, expuesto a las balas enemigas. Había un fuego graneado, terrible, que no cesaba un segundo. Pasar por allí era tremendamente peligroso. Pasó el comandante, y nada: resultó ileso. Pasó el capitán, lo mismo. Pasó el sargento, ¡y nada! Pero le llegó el turno al cabo, y una lluvia de balas le acribilló el cuerpo, dejándolo más frito que una trucha. Por eso yo siempre me digo: ¡Lo que ha de suceder, sucede al cabo!

Me di por vencido; Muiño había colocado su cuento y me ganó la entrevista por K. O.

CORREO CINEMATOGRAFICO

ALBERT.—¿Dice usted que tiene un tipo que le viene de perilla a Borcosque, para su película? He visto su fotografía y le aconsejo que se deje la barbita en punta; a lo mejor tiene razón.



INGLATERRA en 1905. Es Nochebuena. Sobre los tejados del viejo Londres ruedan espesos copos de nieve. Es temprano aún y apurados transeúntes, arropados y portando puddings, árboles de Navidad y paquetitos con ramas de muérdago, atraviesan las calles resbaladizas. En una magnífica residencia de las orillas del Támesis, con vista al Parlamento y desde la que se perciben graves, nítidas y sonoras las campanadas del glorioso Big Ben, se ultiman los preparativos para celebrar dignamente la tradicional festividad.

En medio de un suntuoso salón se ha levantado el simbólico pino del que penden guirnaldas, lucecitas multicolores y el obsequio que todos los años sir George Moore, el señor de aquella mansión destina a Edward, su único hijo.

En el hogar bailotean las llamas de un fuego rojo como el de una fragua.

Mr. and Mrs. Moore sentados en cómodas poltronas miran la hoguera y meditan. Mr. Moore fuma su pipa y Mrs. Moore teje unas medias.

Con los doce tañidos de la medianoche se encarga Big Ben de volverlos a la realidad. Es en ese preciso momento que hace su entrada en el salón Edward, un arrogante muchacho de unos veinte años, primavera más, primavera menos.

Se dirige hacia su madre y la besa en la frente, y luego de palmeear en el hombro al padre, que no parece darse por enterado, marcha resueltamente hacia el árbol de Navidad. Escudriña entre el ramaje hasta que descubre un sobre. Su rostro se pone radiante presintiendo el contenido. Lo rasga presuroso, y, en efecto, no se había equivocado. Su padre había colocado allí un cheque por cien libras esterlinas.

El muchacho se vuelve presuroso y guardando el cheque en el bolsillo del smoking, exclama loco de contento:

—¡Oh, gracias, padre!...

Sir George Moore gravemente se pone de pie, parpadea para dejar caer el monóculo y enfrentándose con su hijo, le dice, echando mano a toda su británica severidad disponible:

—¡Joven!... ¡Tiene usted que agradecerme mucho, muchísimo ese obsequio!

—¡Sí, padre!

—... ¡porque es el último que le hago!

—¡Padre!...

—Ultimamente ha hecho usted tres cosas imperdonables. Lo han expulsado de Oxford. No ha querido asistir al Derby de Epson y se ha negado a entonar el "Good Save the King", cuando con su madre presenció el paso de Eduardo VII que se dirigía al Parlamento...

—¡Padre!...

—...de modo que esta es la última Nochebuena que celebra usted en compañía de sus padres, porque no lo quiero ver nunca más. Mañana mismo lía sus petates y se marcha para

DOS NAVIDADES

por MARIANO JUCIÁ

siempre de esta casa, y del país si es posible. Me desagradaría encontrarlo por la calle.

Luego exclamó:

—¡Ahora a celebrar la Nochebuena!

Edward y su madre enjugaron una lágrima, pero tuvieron la



suficiente entereza como para sobreponerse al dolor y corear la clásica canción inglesa cuando sir George Moore, como si nada hubiese ocurrido, descorchaba la primera botella de champagne de esa noche.

Días después en alta mar, acodado en la borda de un trans-

atlántico, el joven Edward Moore miraba el horizonte con el pensamiento puesto en su regalado pasado y en su azaroso porvenir.

Han pasado quince años y estamos en la Argentina.

El joven Edward Moore, que hace algunos años viéramos expulsar de la casa paterna por ciertos deslices, se ha convertido en un acaudalado hombre de negocios y pundonoroso caballero. Presidente de tres destilerías, gerente de una compañía petrolera, vicepresidente de un banco, síndico de tres sociedades anónimas, sus ingresos mensuales son cuantiosos. Posee un magnífico yate de navegación transatlántica y un stud con una numerosa tropilla de frecuentes ganadores en todos los hipódromos del país. Se ha casado hace años con una dignísima niña de la colectividad británica que entre otras satisfacciones le ha dado a George, Ethel y Gladys, tres hermosos retoños rubios como vasos de cerveza, que son su ilusión y su ideal. Si a todo esto agregamos que desde hace cuatro temporadas se ha clasificado campeón amateur de golf de la Argentina, tendríamos causas justificadas para suponer que su dicha es completa. Mas, desgraciadamente, no es así. Y no es así porque su padre, el anciano y severo sir George Moore, pese a la repetida insistencia de su hijo, no ha querido reconciliarse en ninguna forma. Y en este preciso instante sorprendemos a Edward Moore. Está solo en su oficina. Con un gesto de desgano aparta los papeles y balances que está revisando. ¡Pobre Edward Moore, no puede trabajar!... Tiene el pensamiento en su Londres, en su Támesis, en su padre y en Big Ben.

La puerta de su oficina se abre y por ella pasa jubiloso su secretario.

—¡Carta de Londres, Mr. Moore! ¡Carta de Londres! — exclama alborozado, y agita un sobre que Edward le arrebató casi de las manos y lo rasga con vehemencia.

—¿Nos perdona su padre? —pregunta el secretario, que de tan perfecto que es en sus funciones ha hecho cosa propia del disgusto de familia de su amo.

Edward Moore deja caer la esquila y exclama con un profundo gesto de tristeza:

—No. Es de mi madre... Dice que mi padre sigue empeñado como siempre y que por este mismo correo viene, sin abrir, la última carta que le envié.

—¿Y el último giro de mil libras que le remitimos?

Mr. Moore movió la cabeza y repuso:

—También lo donó a obras de beneficencia. ¡Qué temple el del viejo!... A pesar de haber perdido toda su fortuna en la gran guerra, se niega a recibir mi ayuda, que en realidad no es más que una retribución de todo lo que en mi alocada juventud hizo él por mí.

El secretario perfecto se rascó la barbilla y meditó unos instantes. Luego preguntó:

—¿Qué le parece a usted que podría decir sir George si para la próxima Navidad usted en persona..., usted, la señora Gladys y los niños se presentan sin previo aviso, así de sorpresa, en la vieja mansión del Támesis?

—¡Gran idea, Mortimer!... ¡Me perdonaría, no lo dudo!... Mi esposa..., los niños..., saberse abuelo... ¡Verme!... Todo ello contribuiría a nuestra reconciliación... ¡No se duda un minuto más!... ¡Gran idea. Mortimer, gran idea!...



Y esa misma noche, reservados ya los pasajes, en casa de Edward Moore se iniciaban los preparativos del viaje en medio de la profunda emoción del señor Moore y señora y la algarabía de los niños.

Y estamos nuevamente en el viejo Londres, que está un poco más viejo. También es Nochebuena. También ruedan sobre los tejados los blandos copos de nieve y también los árboles de Navidad y las ramitas de muérdago están a la orden del día.

En el Picadilly Hotel un ceremonioso gerente golpea a la puerta del departamento ocupado por Mr. Edward Moore y familia.

El propio Mr. Moore acude al discreto llamado, y el gerente, con una gentilísima sonrisa, explica el motivo del mismo.

—El señor disculpará mi inoportunidad..., pero he llegado

hasta aquí atreviéndome a invitarlo para que asista con su familia a la fiesta de Nochebuena que hemos preparado en el salón de abajo. Encontrarán allí un hermoso árbol de Navidad con obsequios para los niños...

—¡Oh, muchísimas gracias! Pero nos va a ser imposible

concurrir... Y lo lamentamos mucho.

—Comprendo... Tal vez el señor desee pasar esta festividad en familia. Si es así, de inmediato ordenaré que levanten un árbol en su propio departamento...

—¡No, no!... Gracias..., es que (Mr. Moore adopta el más completo aire de satisfacción que ser humano pueda concebir)..., después de quince años volveré a pasar una Nochebuena con mis padres...

—¡Mis felicitaciones, señor!... Comprendo su envidiable situación, y si el señor me lo permite dispondré lo necesario para el cómodo transporte de su familia de usted hasta la casa de su señor padre.

—¡Gracias!

Y un rato más tarde, ocupando un lujoso "landeau", la familia Moore en pleno abandona el Picadilly Hotel.

Y el corazón de Edward Moore saltó de alegría y de profunda emoción cuando el coche se detuvo ante la casa paterna, la tradicional residencia del Támesis. Estaba igual la vieja mansión, salvo algunos deterioros producidos por el tiempo y por la falta de cuidado. Tan magra era ahora la fortuna de sir George que ni jardinero podía tener. George, el mayorcito de los niños, se corrió hasta unos amplios ventanales y exclamó gozoso:

—¡Los abuelitos están festejando la Nochebuena!... ¡Vengan chicos, miren qué lindo árbol!...

Efectivamente. Frente al hogar y sentados en sus antiguas poltronas los viejos Moore meditaban. Más allá, con sus luces y sus guirnaldas, el árbol de Navidad lucía con sus destellos el esplendor de una tradición.

Por eso, trémulo de emoción Edward Moore hizo resonar el pesado aldabón.

—¡Madre!

—¡Edward!

Y madre e hijo se confundieron en apretado abrazo cuando la anciana abrió los viejos portales.

Gladys, la esposa de Edward, besó a la viejita y los niños saltaron a su alrededor exclamando:

—¡Abuelita!... ¡Abuelita de nosotros!...

Enjugó una lágrima de alegría la buena viejecita y dijo a su hijo:

—Espera aquí unos segundos, Edward; voy a preparar a tu



padre para esta sorpresa que nos das.

Y se dirigió hacia donde sir George esperaba que Big Ben diera las doce para entonar el Good Save the King.

—¿A que no sabes quién ha llegado?

—Será el matrimonio Drake...

—Frio...

—Mi sobrino Steve, tal vez...

—Más frío todavía...

—¡Bueno, Ethel, si no me lo dices!...

—Bien, George, prepárate para una gratísima sorpresa... Ha llegado... ¡tu hijo Edward!

La reacción del anciano fué inmediata.

—¿Ya está de vuelta, ése?

—Pero, George..., son quince años...

¡Ha venido con tus nietos!...

—¡Que se los lleve!

—¡Ha venido!...

...completamente cambiado, en busca de su perdón, padre! —exclamó Edward, que no pudiendo contenerse había hecho irrupción en el salón, y con los brazos abiertos se dirigía a su padre. Pero el severo gesto del viejo lo contuvo.

—Pero... ¿Es que no va usted a reconciliarse conmigo?

—¡Jamás —fué la terminante y lacónica respuesta.

—Mi vida ha sido un modelo, padre... —protestó amablemente Edward.

—¡Su vida solamente me interesó mientras estuvo bajo mi custodia, joven!...

—¡He hecho fortuna!...

—¡No necesito de nadie, joven!

—Me casé... Soy padre de estos tres niños...

—¡Yo fui padre de usted y aun no he terminado de arrepentirme!

—Soy campeón de golf de la Argentina...

—¿Qué?... ¿Cómo?... ¿Dijiste campeón de golf, muchacho?

—Sí, padre...

—¡Hijo de mi alma!

—¡Padre mío!



...y dice que esa noche en Moore House, la vieja y tradicional residencia del Támesis, fué más Nochebuena la Nochebuena y más sentido el Good Save the King.



Noticiario Patoruzone

(PANORAMA
MUNDIAL)

A CARGO DEL
MAJOR ROSKOE
FIELDS Jr

LONDRES (Inglaterra).—Un conocido confitero de esta capital solicitó los servicios de los sabuesos de Scotland Yard, a fin de localizar al autor de repetidos hurtos de confituras en su negocio. El ratero no resultó ser otro que "Spanky", este osito mielero, pensionista del famoso zoológico, que, incapaz de dominar su gula, efectuaba repetidas evasiones.

Felices
Fiestas

Causó sensación recientemente en un desfile de bellezas realizado en Nueva York, Estados Unidos, esta joven representante del barrio de Harlem, quien, en lugar de entonar "oxes" o "blues" como sus compañeras, dejó oír nítidas y precisas las notas del conocido tango de South America: "Yo soy la morocha..."

Un gran éxito editorial constituyó El Libro de Oro Patoruzú 1939

La edición anual de "El Libro de Oro Patoruzú 1939", ha constituido este año como el anterior uno de los éxitos más rotundos del periodismo argentino. Muévenos a destacarlo, la franca acogida del público, que sobrepasando los cálculos más optimistas, contribuyó a que el tiraje del número extraordinario se agotara casi totalmente a los pocos días de haber salido a la venta.

No escapará al criterio de nuestros lectores el esfuerzo cumplido con esta edición, la que PATORUZÚ realizó como "una verdadera contribución a la alegría de las fiestas de fin de año".

Cábenos, pues, la satisfacción de sabernos sanamente orientados dentro de las distintas facetas del humorismo, lo cual hace que nuestras ediciones lleguen al hogar, que es el puesto que PATORUZÚ anheló siempre, dejando de lado otros fáciles pero no tan dignos triunfos.

El éxito de nuestra edición especial es un nuevo galardón para nuestra revista y ratifica tal aserto la circunstancia apuntada, satisfacción de periodistas que nos acerca cada vez más al público y para el cual no escatimaremos jamás sacrificios.

EL PRÓXIMO NÚMERO

de la Revista "Patoruzú" aparecerá el 31 de
Diciembre con motivo de las fiestas de fin de año.

RESERVE CON TIEMPO SU EJEMPLAR.

CICLISMO PARA SUS BEBES!...

Establecimientos Broadway, fabricantes de las famosas bicicletitas, vehículos para niños, coches para bebés, triciclos, autitos, monopatines, patines, etc., presentan la extraordinaria "BICICLETTA BROADWAY PRECOZ", con estabilizador lateral sobre ruedas de acero a bolillas.

Su pibe puede probarlas en nuestra pista de ciclismo y patinaje, instalada sobre la terraza de nuestro moderno edificio, Tarija 4372 esq. Avenida La Plata.



Broadway

ESTABLECIMIENTOS

¡PATINES!...

Para las próximas fiestas obsequie PATINES BROADWAY, de suave y silencioso rodar, consagrados por campeones en todo el mundo...

Cuatro pisos destinados a la fabricación de BICICLETAS y PATINES BROADWAY!...

ABSOLUTAMENTE GARANTIDOS POR ESTABLECIMIENTOS BROADWAY



TARIJA 4372 esq. Av. La Plata 1200 (U. T. 60 - Caballito - 4181)

De oreja a oreja



Las finanzas de la Bushing Alfalfa Company, la gran compañía cerealista mundialmente famosa, habían sobrepasado ese año los cálculos más optimistas. Catorce puntos aumentaron sus acciones.

Su director general en Sudamérica, mister Flag, se restregaba las manos de satisfacción en su escritorio, prodigando miradas cariñosas a sus dos subalternos, Demetrio Pérez García, jefe de ventas, y Calixto Lagrande, jefe de compras. Ambos se disputaban el honor de ser depositarios de la confianza de mister Flag, y a fe que tal confianza estaba bien justificada.

POR
MARIANO
DE LA TORRE

Los tenía ahora uno a cada lado, retribuyendo con creces las sonrisas que él les enviaba, esperando de su boca una promesa a tanto desvelo durante el año. Las abultadas utilidades de fin de ejercicio daban pábulo a ambos para forjarse grandes ilusiones.

Después de doce sonrisas desinteresadas, prodigadas a ambos lados, mister Flag sacó el cigarro imperial doce coronas, que olía a jazmines, de su enchapada boca, para decir:

—Wel, wel, wel.

Santas palabras. Al influjo de ellas, tanto Demetrio como Calixto acariciaron al director con la más beatífica y discreta de las sonrisas. Y como al descuido, Calixto, que era el hado de la prolijidad, sacó con mano amiga una pelusita, que nadie más que él vió en la hombrera izquierda del saco de aquel hombre. Demetrio, que a limpio no le iban a emparar, limpió de la falda de mister Flag seis moléculas y quince átomos de la ceniza del cigarro que habían quedado pululando.

—“Thanks”—agradeció a ambos el superior, acompañándose con dos de sus caras sonrisas.



A
G
U
I
N
A
L
D
O

Meditó diez segundos más y dijo luego:
—Este año haré darles a ustedes dos un aguinaldo extra como no ha tenido nadie en la casa.

A Demetrio, que sufría del hígado, le dió un vahido; y Calixto se sintió atacado por el hipo, al sólo pensar que aquel puesto que tanto anhelaba estaba esperándolo.

Los dos subalternos de mister Flag cambiaron una mirada homicida, como si quisieran con ello sacarse del medio para toda la vida.

Calixto no encontró mejor arma que un cepillo de la ropa, con el que comenzó a faenar el arrugado fil - a - fil del superior. Pero, ¡cualquier día lo iban a pillar descuidado a Demetrio Pérez García! Con mano experta sacó su fino pañuelo de seda cruda y, destendiéndolo con destreza de un golpe, improvisó un práctico trapo para los botines, con el que comenzó a darles lustre a los “42” que calzaba el mister.

Mister Flag, deshecho de emoción ante tanta ternura, palmeó a aquellos amigos de veras, sin poder ocultar una furtiva lágrima.

—“Thancks, boys”.

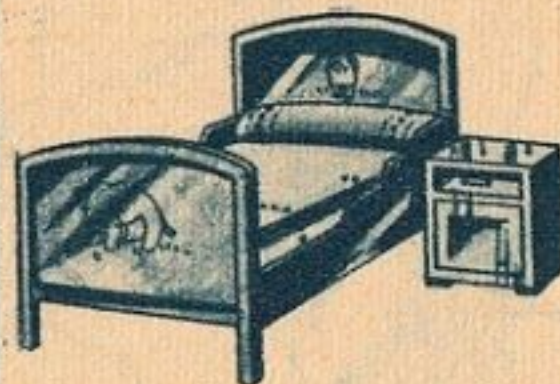
Pero aquello no iba a quedar así. Todavía le quedaba al director de la Bushing Alfalfa la corbata torcida, las medias caídas, el ojal sin flor y otros detalles, que no podían pasar inadvertidos para aquel par de empleados modelos y serviciales subalternos.

Cuando el cansancio comenzó a hacer estragos en el físico de aquellas fieras de la pulcritud y del decoro, mister Flag interrumpió las efusividades para poder decir, mientras abría la boca en un prolongado bostezo:

—Sí, “mays boys”. He resuelto que, además del pan dulce y la botella de Oporto de todos los años, vosotros dos tendréis ¡un kilo de fruta seca!



LECTOR DE PATORUZÚ!
UN ÚTIL REGALO PARA SU HIJO!



- 1 Camita Colegial \$ 45.—
- 1 Mesa de Luz \$ 15.—
- 1 Toilete \$ 45.—
- 1 Ropero \$ 58.—

“EL INDUSTRIAL ARGENTINO”
CORRIENTES 2570
UNIÓN TELEFÓNICA 47-2022



LE OFRECE ESTA
OPORTUNIDAD
**“EL MODELO
SPLENDID”**



Esta silla haciendo juego se regala a todo comprador presentando o enviando este aviso.

Precio Propaganda 150.
Juego al laqué, completo \$ 150.—

Solicite
**CATÁLOGO
GRATIS**



INCUBADORA DE CRACKS...

Tanto se habla de las incubadoras de jugadores, que cierto club decidió poner en práctica un nuevo invento, tendiente a sacar buenos jugadores de los mediocres que poseía. Alquiló un sótano, colocó varias camisetas viejas, botines y demás accesorios de hombres internacionales, y los encerró conjuntamente con los malos jugadores, y bajan-

do la tapa, esperó prudencial tiempo. Nuestro fotógrafo ha enfocado el momento espectacular en que se levanta la tapa del sótano y van saliendo los "incubados"...

ENTRE LAS RUEDAS

En la carrera del Club Ciclista Femenino de Villa del Parque triunfó la señorita Virginia Rueda, finalizando segunda Teresita Puessi. La señorita Puessi, que perdió por quince metros, tiene, no obstante, derecho a alegar que perdió por "una rueda"...

HARPONI CON ANZUELO

El concurso de pesca del pejerrey, organizado por el club Simbad, de Olivos, se definió con el triunfo de Aristides Harponi, muchacho que de progresar en el deporte pronto podrá pescar ballenas.



PEQUEÑECES

Al winger Natino, de Independiente, le han ofrecido varios contos para que vaya a jugar a un club brasileño. Pero el muchacho se quedará en Avellaneda. No se lleva de "contos"...

También se rumorea que Guaita volverá a Italia, tentado por las liras del Juventus. Todo es cuestión de cambio. Dejaría a Estudiantes de la "Plata", para pulsar de nuevo la "Lira".

Las Ligas del interior no están conformes con que el porcentaje de los partidos sea a medias entre la local y la visitante y solicitan que en los partidos por el campeonato argentino la entidad local perciba el setenta por ciento de la recaudación. Por lo visto las Ligas no están conformes con las "medias"...

Núñez

EL HOMBRE QUE PELEO CON JOE LOUIS

Antes de subir al ring para pelear con Arturo Godoy, Hans Birkie era para todo el mundo "el hombre que peleó con Joe Louis". Al bajar, en cambio, fué "el paquete que peleó con Godoy". Un paquete con más pelines que una liquidación y más papel que un corso. Hizo doce rounds de la madrugada, bailando el can-can y agarrándose al otro como un naufrago a una tabla. Y además, apenas el chileno, voluntarioso y morrudo como siempre, entró con sus ganchos secos a la cocina, Birkie se arrugó más que fuelle de típica, demostrando que es tan amargo de la línea baja como el otro Hans: el Haverlick. ¡Linda pelea de cach se podría hacer entre los dos tocayos!... Por eso uno del ring side, que había arrimado sus siete pesitos para aplaudir el debut del fenómeno importado, preguntó estupefacto: —¿Cómo?... ¿Este es el Birkie que peleó diez rounds con Joe Louis? —¡Claro!... —le contestaron. Desde entonces quedó así...

LOS QUITES DE LECEA

Cuando por tres veces consecutivas el back Lecea despojó de la pelota a Núñez, alguien comentó acerca del veterano capitán de los rojos:

—A Lecea todavía le da el cuero...

Y contestó otro:

—¿Le da el cuero?... ¡Se lo quita!...

Deportivo

POR
IPIPURRA

LO TUVIERON POR EL SUELO

Un aeroplano arrojó, mientras jugaban Independiente y Lanús, un paracaídas con un ramo de flores, que fué recogido por el jugador Vilariño, que se lo entregó, para que se lo guardara, a un hincha amigo. Pero cuando Ducca lo envió por tercera vez al suelo, el wing de Independiente se acercó al alambrado y dijo al amigo:

—Che, me parece que voy a tener que usar el “para-caídas”...

AL REVES... ME PONGO EL PONCHO

En el equipo norteamericano de polo que nos visitará a mediados de enero vendrá el teniente John S. Mahlon. Este team jugará contra La Concepción, un combinado argentino y Los Indios. Pero lo más interesante ocurrirá en el último partido, cuando los criollos presenciemos algo nunca visto en nuestra historia: el Mahlon contra Los Indios...

HAY QUE ASEGURARSE

El “sapo” Azar, nuevo expedicionario del desierto, se anda juntando los garbanzos por el interior del país. Últimamente peleó en Córdoba contra Edmundo Rodríguez, y actuó en el jurado —afírmense bien— nada menos que aquel obelisco que perdió con Primo Carnera por culpa del lumbago: Victorio Campolo. La presencia del antiguo gigante de Quilmes desató en el público los comentarios más diversos. Pero, sobre todo, llamó la atención la extraordinaria gordura del antiguo flaco.

—¡Caramba! —dijo uno—. ¡Qué fenómeno! ¡Parece Tiny Griffiths! ¡Debe pesar como doscientos kilos!...

—Pero, diga —le advirtieron—. Con todas las reses que tiene allá en Quilmes..., ¿va a andar economizando carne, ahora?...

CARTELERA

• LOS CHICOS CRECEN: Argentino de Quilmes.

• CAVALLERÍA RUSTICANA: Ciertas defensas de clubs chicos... y grandes...

• BAILA CONMIGO: Con la delantera de Racing.

• RONDA DE ESTRELLAS: Buscando jugadores, ahora que terminó el campeonato.

• EL HOMBRE QUE NACIÓ DOS VECES: Eduardo Forte.

• EL POBRE MILLONARIO: River, resignado con su segundo puesto.

• LO QUE LE PASÓ A REYNOSO: Habría que preguntárselo al húngaro Hirschls...

• AYÚDAME A VIVIR: Talleres, Almagro y Quilmes.



ELOGIO

Un hincha de Independiente se metió en los vestuarios, poco después de finalizado el partido con Lanús, y creyendo elogiarse al centrehalf de los rojos lo palmeó, mientras le decía: —Te felicito, Leguizamón... ¡Hasta vos estuviste bien!...

SEÑOR FEUDAL

El arquero de Independiente será dueño de su ciudad natal, ya que los asociados de Independiente, en premio por haber sido el arquero menos vencido del campeonato, han resuelto obsequiarle con un pergamino.

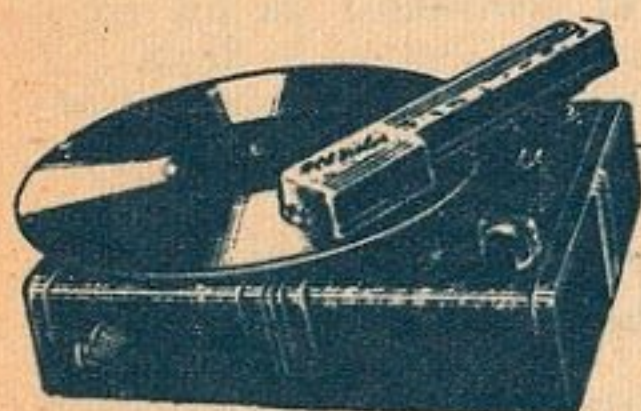


TONO GALLO

La "OFERTA

ESPECIAL"

RCA Victor



"TOCA-DISCOS"
RCA VICTOR
Modelo AR-93

Valor \$ 75.-

Se conecta en
pocos instantes
a cualquier re-
ceptor de co-
rriente alternada

12 DISCOS VICTOR
A ELECCION

Valor \$ 36.-



1 ALBUM DE
LUXE RCA VICTOR

Valor \$ 4.-

Valor total \$ 115.-

¡TODO POR SÓLO \$85.-

Casa Iriberri

Iriberri, Bellocq & Cia.

FLORIDA 431.U.T.31. Retiro 3656

FALTAN COBRAR 152 BILLETES DE LOS \$ 1.000 QUE REGALA PATORUZU

Serie G

Desde el 82.266.661	al 82.266.680
Desde el 82.255.741	al 82.255.760
Desde el 82.100.071	al 82.100.090
Desde el 84.689.701	al 84.689.720
Desde el 83.400.201	al 83.400.220
Desde el 84.671.581	al 84.671.600
Desde el 87.513.601	al 87.513.620
Desde el 85.784.801	al 85.784.820
Desde el 85.769.126	al 85.769.145
Desde el 88.844.401	al 88.844.420

COBRO DE PREMIOS

Por cada billete que nos sea presentado antes del 5 de enero de 1939 y contra entrega del mismo, cobrará su poseedor \$ 6, o sea, \$ 1 por el billete premiado y \$ 5 como premio de su hallazgo, obligándose a facilitar su nombre y domicilio, a efecto de su inserción en PATORUZÚ. Los lectores del interior deberán enviarnos el billete premiado dentro del término establecido, por VALOR DECLARADO POSTAL, con el fin de que quede constancia oficial de su hallazgo, girándosele de inmediato el premio correspondiente.

El canje de billetes premiados se efectúa exclusivamente los días miércoles, de 16 a 18 horas.

A los 46 billetes canjeados, cuya nómina hemos venido publicando, agregamos ahora los que han sido pagados el miércoles último:

88.844.420 — JULIO CESAR ARCE, Deán Funes 673, Capital.

82.100.082 — RAUL COHAN, F. Bilbao 3281, Capital.



Colección Patoruzú

No quiere demostraciones, cuando vienen de bribones.

Felices Fiestas



¿Eso se lo hará creer? ¡No olvidar que es Lucifer!



¡Resiste a la tentación! ¡No quiere hacerle traición!



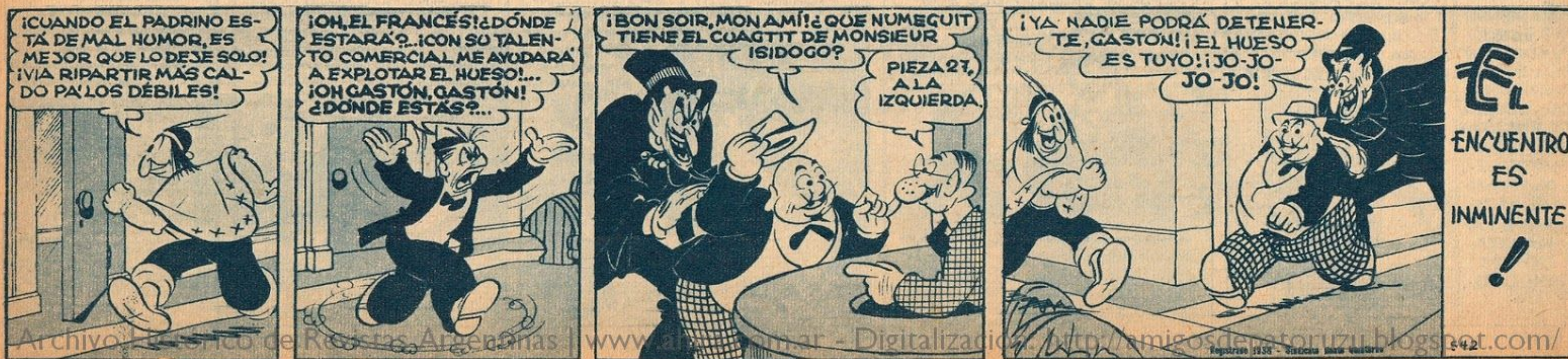
¿No puede dormir? ¿Qué es eso? ¡Y está acariciando el hueso!



¿No os causa, acaso, dolor, el triunfo del tentador?

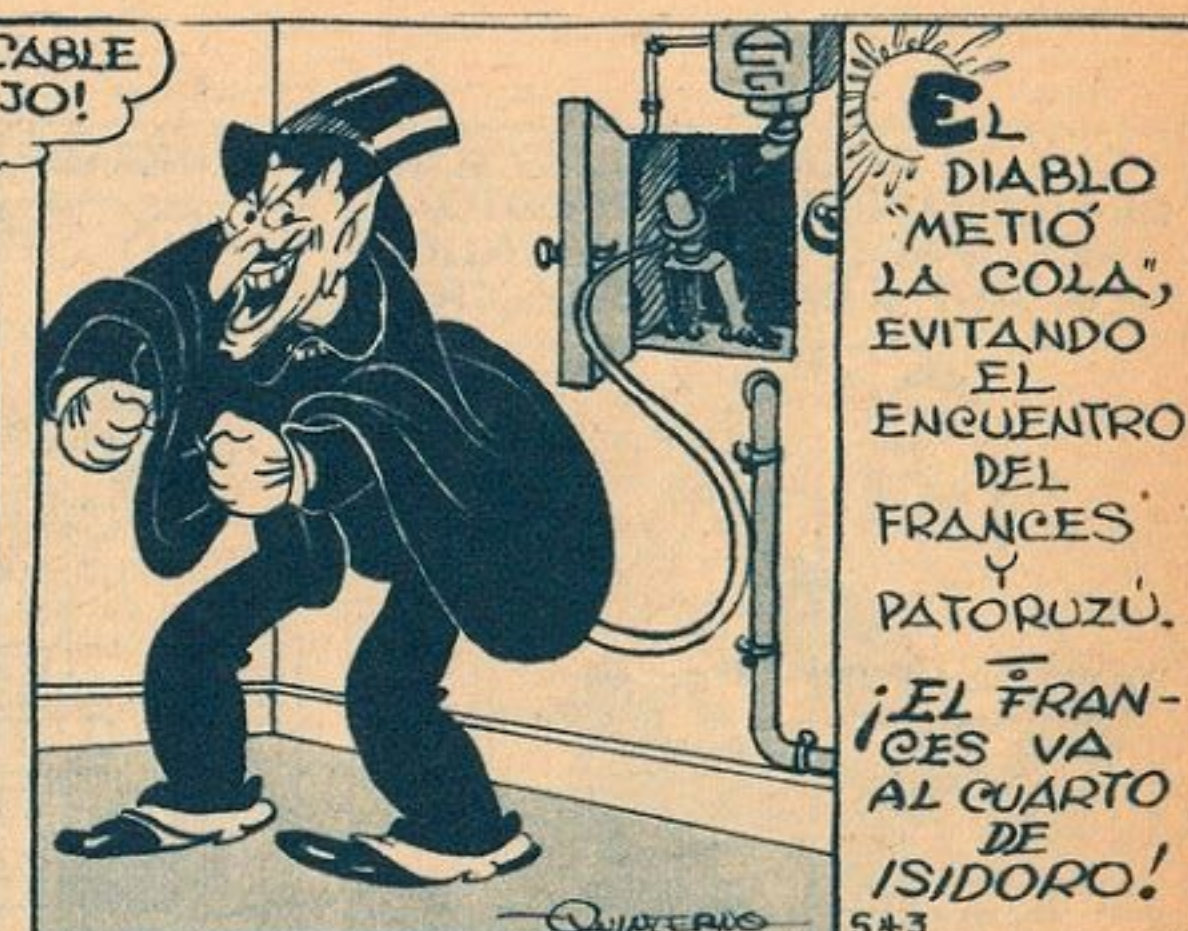


De la víctima va en pos, ¡mas se encontrarán los dos!



¡Dejar que ruede la bola! ¡El diablo metió la cola!

Felices Fiestas



¡Ignominioso es el beso! ¡Y vuelve a guardar el hueso!



El ignora que el padrino, iba a darle otro destino!



Ofrece caldo; ¡insensato! ¡Se lo han llevado hace rato!



¡Ved cómo se pone verde! ¡La conciencia le remuerde!



El bueno iba a vencer, pero hizo ¡gol! Lucifer.



(CONTINUARA)

¿Cómo puede ser que los locos sean enfermos, si son los únicos que viven en las casas de salud?

El plato preferido de los cocheros es la muzzarella in carrozza.

A Pedro parece que le ha ido muy bien en su matrimonio.

—Mi mujer nunca me pregunta a dónde voy —declara a sus amigos.

Estos, todos casados, lo contemplan con envidia.

—¿Nunca te pregunta?...

—¿Nunca? ...

—¿Estás seguro?...

—Muy seguro. Ella sale siempre conmigo.

Aquel almacenero era el tipo que más porotos se había apuntado en su vida.

Los sabios hacen epigramas y los zonzos los repiten.

—Muy bien. ¿Y de quién es ese epigrama?...

Entre
pitos
flautas



LOS NIÑOS TERRIBLES

El maestro examina, desconfiado, la composición de Carlitos.

—Esta letra —le dice — no parece ser tuya, Carlitos. Si no recuerdo mal, esta letra se parece a la de tu padre. ¿Qué tienes que decir con respecto a esta semejanza?

—¡Es que la escribí con la lapicera de papá, señor maestro!...

—Usted se equivoca, señora. No soy médico. Soy maestro de música.

—Precisamente por eso he venido. ¡Tengo zumbidos de oído!

EL MÉDICO. — ¿Abre usted todas las noches ambas ventanas, como se lo indiqué?

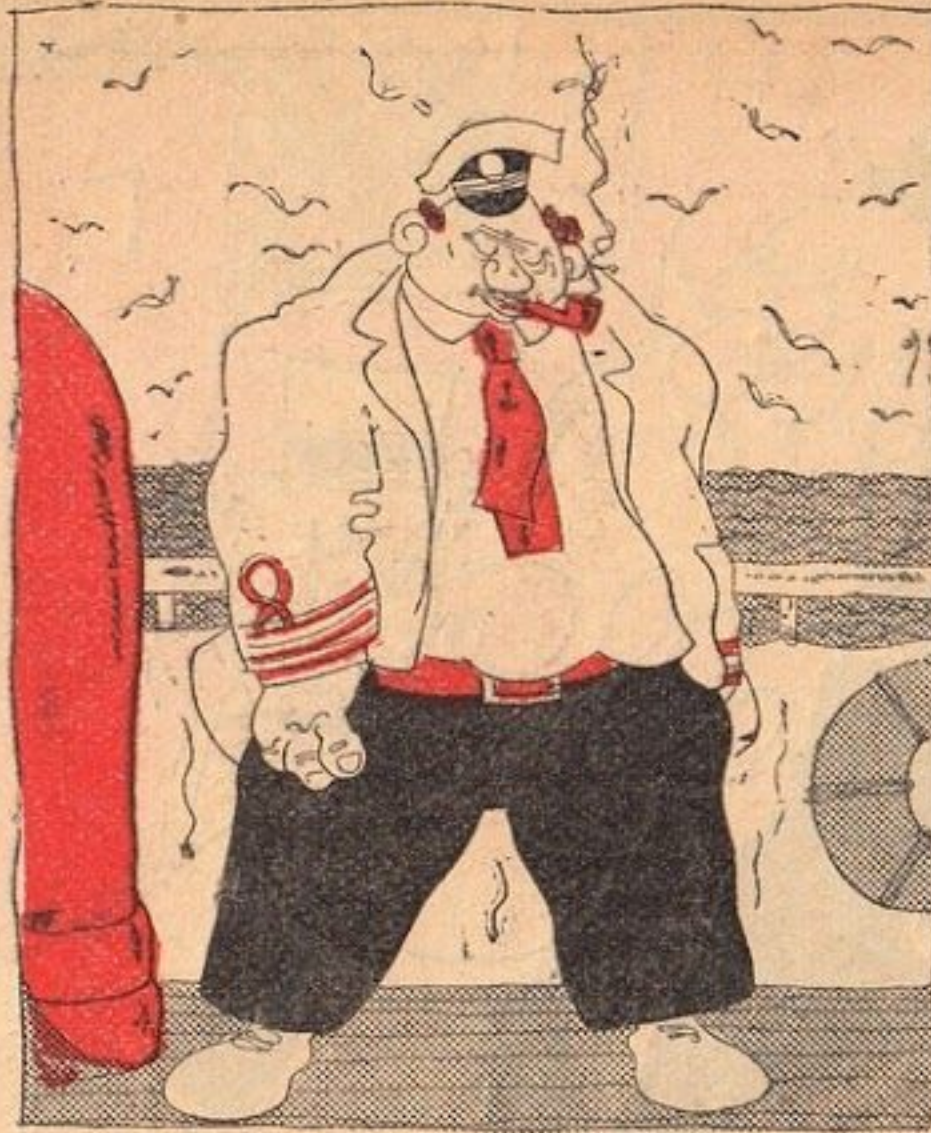
EL ENFERMO. — No, doctor, porque mi habitación tiene una sola. Pero la abro dos veces todas las noches.



—¡Le vuelvo a repetir, jovencito, que no soy Santa Claus!

GL famoso multimillonario estadounidense Irving Vandercream, rey del piolín alquitranado, llegó al puerto en su yate "Big Chance", pocos días antes de la Navidad...

Traía a bordo dos secretarios, mecanógrafa, intérprete, oso hormiguero mascota, auto, manicura alemana, pedicuro francés, valet chino, "caddie" africano, médico sueco, y avión desarmable.



las", gauchos y "toreadores" de la alta sociedad. Los emisarios de Irving desembarcaron aquella tarde para cumplir al pie de la letra las instrucciones de su "boss".

Tom, el primer secretario, no tuvo necesidad de ir muy lejos en busca de sus "gangsters": lo asaltaron en la dársena A., y allí mismo firmaron contrato por una suma que, traducida en dólares, hizo sonreír al americano.

Pero Spark no tuvo suerte. Cuando regresó al "Big Chance", a altas horas de la noche, no había conseguido ver ni el poncho de un gaucho, ni la coleta de un "toreador", ni una mantilla de "mañola".

A la mañana siguiente, a primera hora, Spark buscó al representante de su país. Lo encontró desayunándose en la cama.

—Estoy en apuros —le dijo—. Mister Irving me ha encargado que invite gauchos y "mañolas" para su "party" de Nochebuena... y no encuentro ninguno...

—Ni los encontrará usted.

—¿Qué quiere decir?

—Que también yo los busqué cuando vine... Dígale a mister Vandercream que se desilusione porque aquí no existen.

—¡Pero..., es inaudito! ¿Qué diré a mister Irving?... Se pondrá

ñolas" en la Argentina, no tenía interés en continuar el viaje alrededor del mundo! Llegaría a los puertos con miedo... Miedo de no encontrar jeques en Arabia, ni mandarines en China. ¡Pensar que se había costado hasta Sudamérica con el deseo de pasar una Navidad exótica!

Se sentía desgraciado, y su infelicidad lo inclinó hacia la filantropía: como el local estaba alquilado, con las orquestas y el buffet, dió orden a Tom de que invitara a los "gangsters" y sus familias al "party", deseándoles una feliz Nochebuena en su nombre.

De este modo, el gerente del hotel casi se muere de un síncope al ver llegar, en procesión, a más de ochenta desocupados que comieron, bebieron y bailaron hasta caerse debajo de las mesas.

Irving Vandercream, a bordo, inspirado por el champaña y el whisky ingeridos, empezó a sentirse el más desdichado de los hombres. Tomó algunas copas más para alegrarse, pero fué contraproducente... La sirena de algún barco, las estrellas, el calor sofocante... Todo contribuía a aumentar su "spleen".

Empezó a caminar por cubierta, meditando, y llegó a conclusiones definitivas: de nada le servía su yate, sus millones ni su whisky. Y con la misma resolución que emprendía un negocio, se tiró al río.

Cuando, a la madrugada, el médico sueco, cumpliendo instrucciones, entró en su camarote vestido de Santa Claus para dejarle un regalito en las medias, halló la litera vacía... Puso el grito en el cielo. El pasaje y la tripulación se alborotaron.

Se buscó al millonario en todos los rincones; por último, cuando ya se desesperaba y se hacían las suposiciones más disparates, el "valet" dió un chillido de alegría...

Asomándose por la proa, acababa de ver a su patrón en el aire, dormido, meciéndose suavemente a tres metros de altura sobre las aguas del río.

Irving Vandercream, creyendo dar el salto hacia lo desconocido, había quedado enganchado en un ancla del "Big Chance". De este modo pasó la Nochebuena, suspendido entre cielo y agua, columpiándose en el vacío, como un juguete del pino legendario.

muy furioso...

Y, efectivamente, el asunto no le cayó en gracia a Vandercream... Pero no se enojó, como habitualmente le sucedía. Su desilusión fué inmensa... Se había desmoronado en un minuto uno de sus mitos preferidos... ¡Ya no viajaría tranquilo! Si no había "ma-



La Navidad Sudamericana de un Millonario Norteamericano

El 22 de diciembre, amarrado ya el "Big Chance" en Puerto Nuevo, almorzaba con sus secretarios en la suntuosa cámara principal. Mientras comía un pomelo, impartía rápidas y concisas órdenes para que la Navidad en tierra extranjera le resultara tan grata como en su propia casa. La mecanógrafa, libreta en mano, tomaba nota exacta de sus deseos.

—Quiero que alquilen, para mí solo, el salón de recepciones del mejor hotel de la ciudad. Mi primer secretario se encargará de provocar incidentes o de repartir dinero en los alrededores, para promover una aglomeración que me recuerde a Broadway; si es necesario, contratará "gangsters" locales...

"Mi segundo secretario se encargará de conseguir cuarenta invitados y cuarenta invitadas, todos ellos "ma-



1. Lucy.—¡Qué lindo, querido!... ¿Verdad que empezaremos el año muy felices?

Él.—¡Sí, querida, en este año que empieza te prometo ser un marido ejemplar!

Ellos
por
Lucy



2. —¡Ya van a dar las doce y apagarán las luces para besarnos!... ¡Me pondré cerca de aquella rubia!...



3. Lucy.—¡Ajá?... ¡Ya me imagino!...



5. ¡Abhhh!...



6. Lucy.—¡Te presento a mi amiga Carlota, que tuvo el gusto de recibir tu ósculo de fin de año!...

Enemigos del Hombre



AMINO en pleno campo. Calor sofocante. En el auto de los Fromagín, que avanza a marcha moderada, se oyen toda clase de comentarios.

TITO.—¿Viste, mamita? Si me hubieras dejado traer la caña, pescaríamos algo en esa laguna, y lo comeríamos...

ANA.—Eso no es una laguna; es un pantano.

HERIBERTO FROMAGÍN.—(Expresión oculta bajo una capa de tierra.) ¡Estas mujeres! No sirven para nada... ¡Mire que olvidarse las provisiones!

ANA.—La culpa es de Eulalia...

HERIBERTO.—...Y ni siquiera reconocen el error...

(Mirada al cielo de Heriberto que ocasiona un desvío casi fatal.)

ANA.—Mirá por dónde vas. Nos vas a matar... ¡Pobres hijos míos!... ¡Dieciocho horas sin comer!... ¿Tenés hambre, Tito?

TITO.—(Desde el fondo del coche.) Sí, mamita.

ANA.—¿Y vos, Chochita? (No hay respuesta.) ¿Te has dormido? (Se da vuelta en busca de su hija.) ¡¡Nena!! ¿Dónde está la nena?

TITO.—No la veo, mamita.

ANA.—¡¡Heriberto!! No está Chochita...

(Frenada rotunda. Los dos se asoman hacia la parte trasera del coche... Tito revuelve las valijas en busca de su hermana... Ana echa de pronto una mirada asesina a su marido.)

ANA.—¡¡Heriberto!! Vos anduviste con ella en el pueblo ese donde bajamos.

HERIBERTO.—¡Es cierto! Fuimos buscando sandwiches... Creo que no volvió conmigo... ¡Ya sé! —Se quedó esperándome en la plaza!

ANA.—¡Mira que sos audaz! Tacharme a mí de desmemoriada... ¡Volvamos a buscarla!

(Heriberto obedece. Entretanto, Chochita llora sentada en un banco de la plaza del pueblo, rodeada de todo el vecindario, que la mira con curiosidad.)

CURIOSO 1º.—La habrán abandonado... o se ha perdido...

CURIOSO 2º.—¿Qué se va a perder, si no es del pueblo!

CURIOSA 3ª.—Llévemola a la comisaría.

VIGILANTE.—No se le puede arrimar nadie... Chilla como una condenada...

FARMACÉUTICO.—Voy a probar de convencerla que hable.

ALCALDE.—Yo lo ayudaré.

FARMACÉUTICO.—(Acercándose.) Nena... ¿Te duele algo?

CHOCHITA.—¡Jí... jí!... Quiero... quiero...

ALCALDE.—¿Querés ver tus papitos?

(Gesto negativo de Chochita. Mirada interrogativa)

Boletos de

entre el alcalde del pueblo y el farmacéutico.)

ALCALDE.—(Volviendo nuevamente a la carga.)

¿Y a tus hermanitos? (Repetición de los gestos anteriores.)... ¿Juguetes?...

FARMACÉUTICO.—¡Déjeme a mí!... Nena, ¿tenés apetito?

(Gesto afirmativo de Chochita. Exclamación del público. Todos se disputan a Chochita, para invitarla a almorzar. Ella los mira, uno por uno; por último, elige al vigilante.)

(Dos horas más tarde, hace su entrada en el pueblo el coche de los Fromagín. Se dirigen a la comisaría.)

ANA.—(Entrando.)

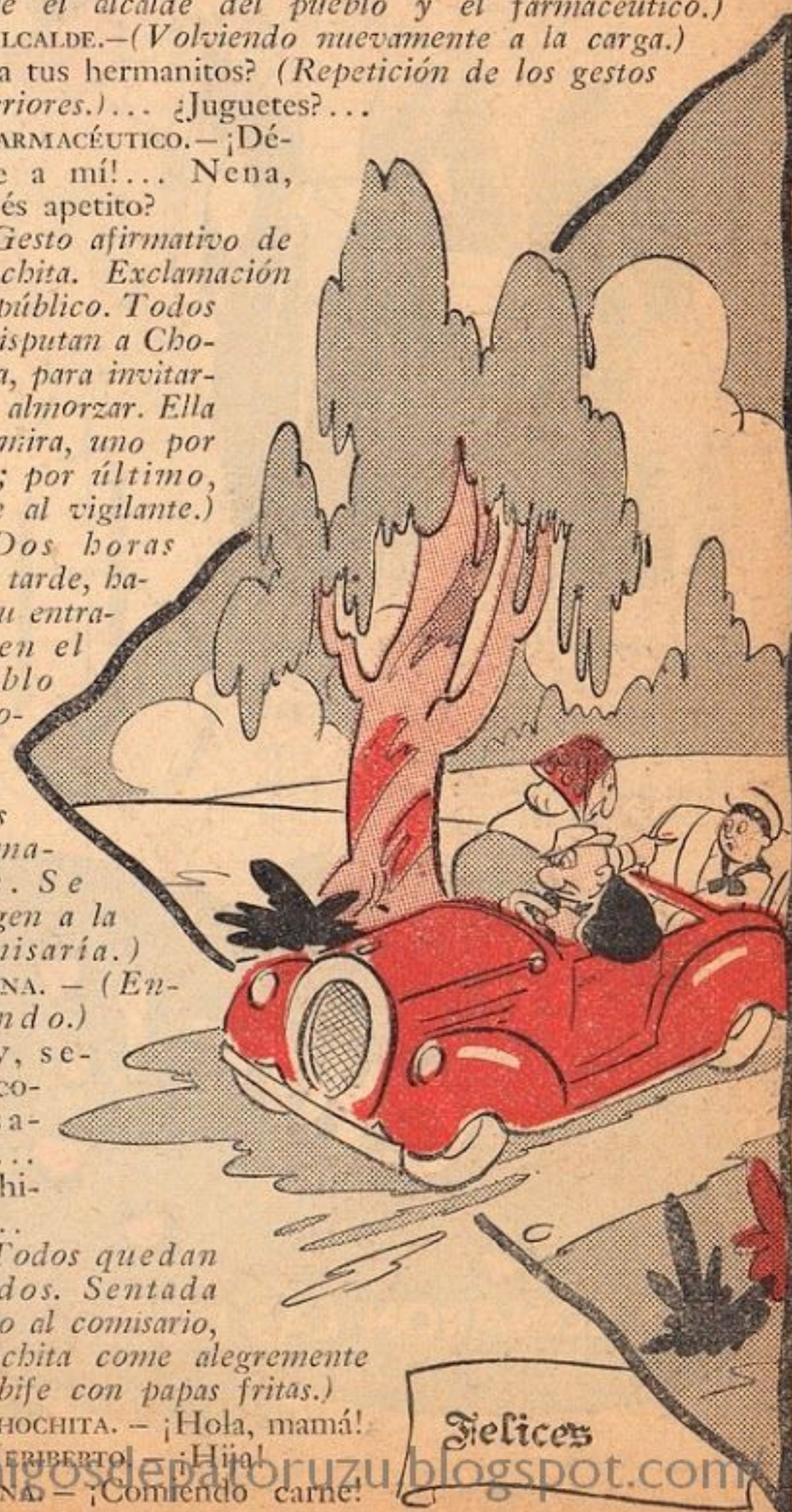
¡Ay, señor comisario!... ¡Mi hija!...

(Todos quedan helados. Sentada junto al comisario, Chochita come alegremente un bife con papas fritas.)

CHOCHITA.—¡Hola, mamá!

HERIBERTO.—¡Hija!

ANA.—¡Comiendo carne!



Turismo

Por Paul Vareda

¡Y dice que no puede tragarla! ¡Yo te voy a dar! (Hace ademán de tirarle de las orejas.)

COMISARIO. — ¡Un momento, señora! Aquí la única autoridad soy yo... ¿Son ustedes los padres?

ANA Y HERIBERTO. — ¡Sí!

COMISARIO. — Quiero ver sus documentos de identidad.

Heriberto se los entrega, poniendo cara de víctima.

COMISARIO. — (Después de leerlos.) ¿Por qué abandonaron a la niña?

HERIBERTO. — No la abandonamos... Yo me la olvidé.

(El comisario lo observa con desconfianza.)

TITO. — Sí. Papá tiene muy mala memoria.

COMISARIO. — ¡Ya veo!... ¿Adónde se dirigen los señores?

LOS CUATRO. — A Córdoba.

COMISARIO. —

¿Qué van a hacer?

HERIBERTO. — ¡Verano!

COMISARIO. — Bien. Puc-

den ustedes continuar tranquilamente el viaje, si quieren.

CHOCHITA. — ¡Yo quiero quedarme con el señor!

HERIBERTO. — (A gritos.) ¡Claro que vamos a continuar el viaje!

COMISARIO. — ¿Cómo dijo?

ANA. — ¿Le pareció que hablaba?... Yo no oí nada...

¿Verdad, Heriberto, que no dijiste nada?

HERIBERTO. — No, querida.

(Salen bajo las miradas despreciativas del pueblo en masa, que los considera padres desnaturalizados. Al ver el odio que inspiran, ninguno se atreve a preguntar dónde se puede comer... y parten.)

CHOCHITA. — (Llorando.) Adiós, señor comisario...

TITO. — (Después de media hora de camino.) ¡Papá! Ya debíamos estar en Córdoba...

ANA. — Ya lo sabemos, hijo...

TITO. — Es que dicen que se llega en cinco horas... ¿Dónde vamos a dormir?

ANA. — ¡Callate la boca!

CHOCHITA. — Callate... Bien sabés que se pincharon dos gomas y que papá se olvidó de mí... y que...

ANA. — ¡Basta, he dicho!

NENES. — Sí, mamita.

(Diez minutos de silencio.)

TITO. — ¡Papá! Una liebre...

HERIBERTO. — (Frenando.) ¿Dónde?

TITO. — Allá..., derechito... Antes de empezar ese monte...

HERIBERTO. — ¡Dame la escopeta!

TITO. — Déjame que yo la mate...

HERIBERTO. — ¡Vos no sabés! No hay que desperdiciarla. (Baja del auto con el arma en las manos; camina unos pasos, apunta, hace fuego; la liebre corre tranquilamente a ocultarse en el monte. Silencio de la familia. Mirada de reproche de Tito. Heriberto pone el coche en marcha.)

ANA. — (Dos horas más tarde, echando miradas fulminantes a su marido.) Heriberto... ¿No sospechás cuándo llegaremos a un sitio en que podamos descansar y comer?

HERIBERTO. — En el mapa del camino figura un pueblo importante... ¡Ya debíamos haber llegado!

ANA. — ¿No habrás equivocado el camino? ¿Por qué no consultás el mapa de nuevo?

HERIBERTO. — ¿Qué apuro tenemos?... Estamos haciendo turismo... ¡Nada nos corre!

ANA. — Pero, por las dudas, miralo...

HERIBERTO. — Es que... me olvidé el mapa en casa...

ANA. — (Toda clase de improperios conjugales.)

El barómetro baja en forma alarmante...

De tal palo...



tal astilla... Digitalización: <http://vuhigo.blogspot.com/>

Para los nietitos de Ada Lind

Los Arbolitos de Navidad y el Gigante Groserón

Por MADUKA - ILUSTRO BLOTTA

"VILLA Pintada" era un pueblecito laborioso y muy bonito. Su principal fuente de riqueza residía en el cultivo de árboles de Navidad, los cuales, en cantidad enorme, se repartían anualmente, al promediar diciembre, en todos los rincones del mundo. Pero el año último un verdadero desastre había arrasado con sus verdosos plantíos, alarmando a la tranquila población. Digamos con esto que "Villa Pintada" tenía la desgracia de soportar, dentro de los límites de su comarca, al gigante Groserón, un pedazote de hombre torpe e ignorante, mucho peor que el granizo y la peste. Cuando él bajaba al pueblecito, desde la montaña donde vivía en una tremenda casa, el suelo se estremecía bajo sus potentes pisadas y se llevaba todo por delante, más por atropellado que por malo. Y fué así como el año anterior destruyó los arbolitos, los zapallos, la lechuga e hizo saltar los vidrios de las casas, y todo porque él también quería hacer sus provisiones de Navidad en los negocios de la villa. ¡Y qué provisiones había hecho! Casi no deja nada para los demás... Se llevó catorce pavos rellenos, veinticinco panes dulces, diez kilos de turrones, ocho de peladillas y cuatro jamones gordos para comer como fiambre.

Claro, como Groserón era tan grande la población le temía, y menos mal que una vez al año solamente este gigante torpe visitaba el pueblecito de "Villa Pintada", porque si no ya hubiera desaparecido ésta del mapa terráqueo como un tomate cuando llega la langosta. Por eso, la última Navidad de "Villa Pintada" había transcurrido muy triste. En otras fechas, antes de la visita de Groserón, los arbolitos y demás productos de la tierra ya habían sido recogidos, pero el año anterior adelantó aquél los días de su salida y llegó a "Villa Pintada" con las consecuencias que hemos dicho.

Con la amenaza nuevamente encima, no es de extrañarse entonces que lo más caracterizado de "Villa Pintada" se rompiera la cabeza buscando la forma de evitar otra catástrofe, ya que la Navidad se aproximaba e iba a comenzar la cosecha, más promisoría que los últimos tiempos. Y deliberaban sobre ello, cuando al-

guien entró donde estaban reunidos, y dijo:

—¡Yo venceré al gigante y lo dejaré quieto en su casa!

Todos enmudecieron al oír esto. Quien así se expresaba era Petín, un hombreillo muy popular en el pueblo por su estatura reducida. Explicó su plan, el que debió ser muy bueno, porque lo llevaron en andas.

Al día siguiente, una comisión de vecinos presidida por Petín se encaminó hacia la casa del gigante Groserón. Este no ocultó su extrañeza al verlos llegar, porque cosa semejante jamás había ocurrido. Y como Petín se adelantara para hablar, aquél lo tomó de las solapas y lo colocó sobre sus rodillas.

—Aquí estarás más cómodo—le dijo—. ¿Qué es lo que quieren?

—Señor—comenzó Petín, no muy seguro del todo—. Este año queremos evitaros el trabajo de ir hasta la villa a proveeros de vuestras cosas. Si gustáis os traeremos aquí cuanto necesitéis...

—¡Oh! Muchas gracias—repuso Groserón—. No está mal la idea, sobre todo ahora que estoy un poco resfriado—y confirmando lo que decía dió tal estornudo que retumbaron las paredes y Petín cayó al suelo de cabeza, tal fué el sacudón.

El mismo Petín fué el encargado de cumplir con la promesa hecha al gigante. Pocos días después, una caravana de mandaderos transportaban hasta la casa del gigante las mercaderías que éste había solicitado. Había de todo. Desde un traje nuevo, que como un chico se lo puso en seguida, hasta el delicioso pan dulce de pasas y almendras, al que también en seguida le tiró un tremendo tarascón. Pero mejor no lo hubiera hecho, porque hizo ¡crac! y cayó al suelo cuan largo era. Del pan dulce saltó una trampa que le aprisionó la boca y la nariz. Y a causa del movimiento que hizo para librarse de ésta, funcionaron también unos resortes que había en el traje nuevo y quedó así inmovilizado de pies y manos. Esta había sido la treta de Petín, y lo hubiera dejado así para toda la vida, si no fuese que Groserón prometió formalmente no visitar jamás la villa. Así lo hizo, y "Villa Pintada" recobró su tranquilidad para siempre y los arbolitos de Navidad siguieron haciendo la dicha de los chicos y de los grandes. Y Petín se ganó la estatua que los vecinos agradecidos emplazaron en la plaza de "Villa Pintada", como a un nuevo David, aquel de la pedrada, que, chiquito y todo, también venció a un gigante.

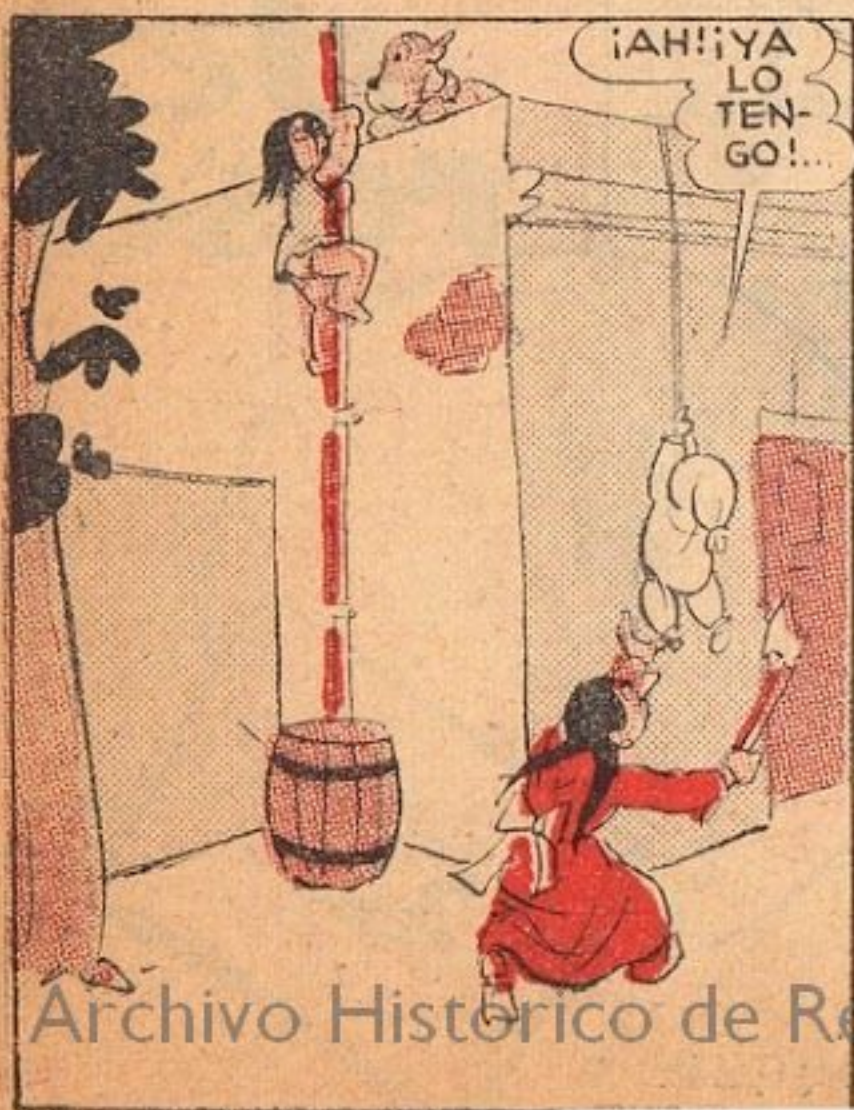


Felices Fiestas

El Gnomo Pimentón

por Ada Lind

Dibujos de Blotto





HISTORIA DE PESCADORES

Después de una jornada poco provechosa, algunos aficionados a la pesca se reunieron para charlar un



rato. Naturalmente, el tema de la conversación era la pesca.

A medida que el tiempo transcurría, los relatos aumentaban de proporciones.

—Yo —dijo por último uno de los aficionados— me encontraba un día en el Mar Báltico para...



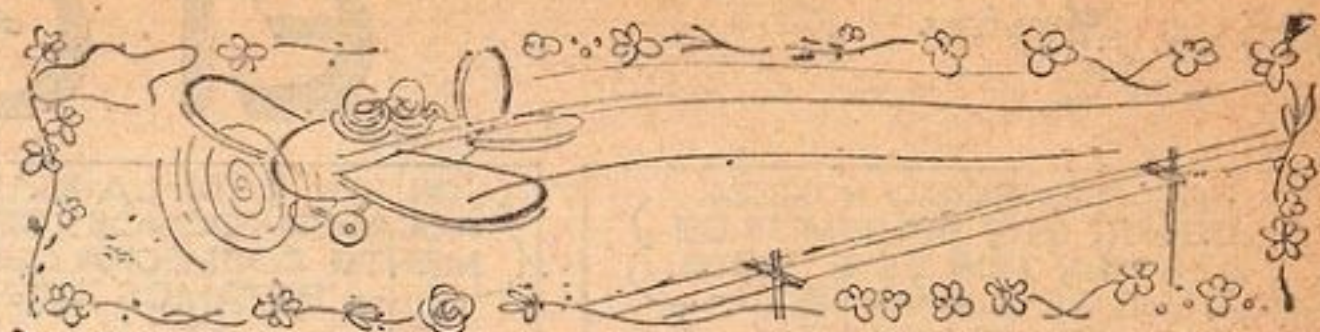
—¿Para pescar ballenas? —preguntó otro.

—¡Oh, no!... ¡Las ballenas me servían de anzuelo!...

DE SILUSION

Cierta joven literata se presenta a un editor que la recibe cordialmente.

—He oído hablar mucho



—¿De veras?... — pregunta ella sonriendo.
—Sí..., pero quédese tranquila. ¡No he creído nada de eso!...

EN PLENO VUELO

EL AVIADOR: (A la mujer que lo acompaña en el vuelo). Cuando vuelo con usted me parece estar en el Paraíso.

LA MUJER: (Impresionada.) ¡Por Dios, vuelva a la realidad, que en el Paraíso no hay postes ni hilos del telégrafo!...

CON GARANTÍA

—Julián me pidió prestados cincuenta pesos. Usted que lo conoce bien, ¿cree que se los puedo dar con entera confianza?...

—Tanto como eso... Con- vendría alguna garantía...

—¿Y qué garantía?...

—Un par de esposas, una cadena para atarlo y un perro de guardia.

POR TELEFONO

ELLA. — ¡Hola!...

—¿Eres tu, querida?...

EL. — Sí, querida. ¿Quién

La vida color de rosa

por **Pepe el Tranquilo**



Felices fiestas

Dos novedades: 1.-PIC - NIC, el postre criollo



*Aunque me encoja de frío,
La excursión no me ha fallado,
pues del temporal me río,
Con el Pic-Nic Combinado.*



Para Camping: **PIC-NIC**

Para Excursiones: **PIC-NIC**

Para Viajes: **PIC-NIC**

200 gramos de queso y 230 gramos
de dulce, higiénicamente envasados

2.-"LAS TAPERITAS" en 12 porciones



El envase de esta exquisita crema de gru-
yere en porciones mantiene intacta la pu-
reza de los mismos y evita desperdicios

En venta en todas las buenas despensas, almacenes y confiterías
(y representado en toda la República Argentina)

**PRODUCTOS
DE LORENZINI**

Integramente Argentino

Ahora es

Aliviol

lo mejor contra el

dolor de cabeza.

El sobre de cuatro 30 cts.